

GÓMEZ DE AVELLANEDA, GERTRUDIS (1814-1873).

EL CACIQUE DE TURMEQUÉ

ÍNDICE

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII

I

Tan grandes habían llegado a ser los desórdenes y abusos de la magistratura española en el reino de Nueva Granada, hacia el año de 1579, que atravesando los mares el ruido del escándalo resonó dentro de los muros del regio alcázar, obligando a Felipe II a elegir con premura un visitador, o juez de residencia, cuya honradez, integridad y energía pudieran detener los progresos de aquel mal, que amenazaba hacer para siempre odiosa la administración de la madre patria en sus ricos dominios del vasto continente americano.

Recayó la elección real en el afamado jurisconsulto de aquella época, don Juan Bautista Monzón, magistrado el más antiguo de la Real Audiencia de Lima, y en quien todos reconocían condiciones adecuadas al cargo que se le confiaba.

En efecto, era el nuevo visitador hombre recto y de gran firmeza de carácter, animándole, además, los mayores deseos de corresponder dignamente a la confianza de su soberano. Con resolución tan laudable, abandonó sin pesar la bella ciudad donde había sabido ganarse general aprecio en el ejercicio de sus funciones de oidor, para trasladarse a aquella en que le aguardaban otras más difíciles y peligrosas.

No pudo, empero, comprender exactamente hasta qué punto lo eran, hasta después de haber pisado el suelo de la Nueva Granada, y aun, mejor diremos, después de haber residido algún tiempo en su naciente capital Santa Fe de Bogotá, foco a la sazón de

intrigas y de corrupción pública. Allí tenía su asiento la Real Audiencia, que, por sus importantísimas y extraordinarias atribuciones, constituía el poder más extenso y formidable de los existentes entonces en aquellas colonias..., poder con el cual tenía que chocar forzosamente el nuevo funcionario, para quebrantarse con estrépito, si no se prestaba a doblegarse.

Conociólo así don Juan Bautista Monzón; pero, decidido a no aceptar lo último, preparóse a la colosal lucha que juzgó inevitable, y mostrándose desde luego insensible a todo linaje de seducciones, y envolviéndose en impenetrable reserva, sólo se ocupó de estudiar concienzudamente, palmo a palmo, el campo donde debía librarse la batalla, midiendo las fuerzas del enemigo, y allegándose auxiliares que robusteciesen las suyas.

Tan luego se creyó con suficientes probabilidades de éxito, sorprendió a la Audiencia con un primer golpe de justicia, que la hizo comprender el temple del hombre con quien tenía que habérselas; fue dicho golpe la suspensión del magistrado Rodríguez de Mora, íntimo amigo del presidente don Lope Díez de Armendáriz, quien empleó en vano toda su influencia para sostenerle y evitarle la mengua de ser enviado preso a la metrópoli.

Aquel acto fue la señal de guerra, comenzada al punto con recíproco encarnizamiento. Dividióse la ciudad, desde tal suceso, en dos bandos irreconciliables, que tomaron los nombres de Monzonista el uno, y de Lopista el otro.

No entra en nuestro propósito desplegar con amplitud, ante los ojos del lector, un cuadro exacto de aquellas intestinas contiendas trabadas en países recientemente conquistados, y convertidos ya, por bastardas pasiones, en teatro de inmorales y sangrientos dramas; bástanos, para la inteligencia del que comenzamos a relatar, la breve exposición que hemos hecho, y sólo añadiremos que continuando el visitador firme en la resolución de cumplir severamente sus deberes, despreciando la nube de odiosidades que se iba levantando y envolviéndole, llegó hasta el extremo de deponer también al mismo presidente Armendáriz, no obstante el gran partido con que contaba y el favor que se le suponía en la corte.

Rayaron tan alto el dolor y la cólera de aquel poderoso personaje al verse obligado a abandonar las casas reales, o palacio de justicia, en que hasta entonces se alojara con el boato de un bajá, que cayó enfermo y murió algún tiempo después, entre el clamoreo de sus numerosos parciales, que acusaban a don Juan Bautista Monzón de ser causante aborrecible de aquella pérdida irreparable para la madre patria.

La rabia de los Lopistas contra el visitador y sus amigos, fue, por la antedicha desgracia, llevada a indescribible frenesí, y de los señores de la Audiencia sólo uno, el fiscal don Alonso de Orozco, se mostraba un tanto desapasionado, sosteniendo con don Juan Bautista, si no relaciones de cordial amistad, al menos de agradable cortesía.

Se ufanaban de ello los Monzonistas, porque reputaban a don Alonso persona de gran iniciativa y trastienda, tan útil, por tanto, para amigo, como temible para adversario. Ejercía, además, omnipotente influjo sobre su compañero el oidor Zorrilla, por manera

que quien lograba tener propicio al fiscal, podía contar desde luego con la benevolencia de su amigo.

Quiso, empero, la fatalidad que perdiese Monzón en un momento la ventaja, que procuraba conservar con debida prudencia, de lograr se mantuviesen imparciales aquel hombre peligroso y el otro que era su dócil instrumento, y fue el caso del modo que vamos a referir en breves líneas.

Hallábase cierto día en su despacho, no poco preocupado en aquellos instantes, con las calumnias que se empleaban, según noticias fidedignas que había recibido, para denigrarle en España, cuando fue advertido de que la señora Orozco solicitaba urgentemente hablarle. Introducida que fue a su presencia, vio a la dama, vestida de luto y bañada en lágrimas, precipitarse a sus pies pidiéndole justicia contra su marido, a quien acusaba de imperdonables agravios.

-Me veo aborrecida, sacrificada -gritaba retorciéndose las manos con desesperación-. El hombre a quien hice dueño de mi mano y de mi cuantiosa fortuna no se contenta con abandonarme, sino que hace pública su ciega idolatría por una mujer casada..., por una coqueta sin corazón, que sólo acepta el suyo por tener el gusto de despedazar el mío. Os pido amparo y remedio, señor visitador, y recurriré hasta el mismo rey si sois indiferente a mi desgracia, si os hallan sordo mis súplicas.

Don Juan Bautista trató en vano de tranquilizarla, ofreciéndole interponer los consejos de la amistad entre ella y su marido, pues tuvo al cabo que recurrir a un arbitrio supremo, empeñando la palabra solemne de amonestar seriamente a la mujer causante de sus celos, para que en lo sucesivo mirase mejor por la paz doméstica del fiscal y por la honra de su propio consorte.

Mediante tal promesa, la afligida señora de Orozco consintió en volver al domicilio conyugal, esperanzada un tanto de recobrar, si no el cariño de su esposo infiel, las consideraciones, al menos, que le eran debidas como legítima esposa y como dama de posición elevada.

Pero, ¿quién era la rival triunfadora que se había enseñoreado en poco tiempo del alma de don Alonso, causando ruidosos disturbios en su antes apacible matrimonio?

En el siguiente capítulo se la haremos conocer a nuestros benévolos lectores.

II

Entre los capitanes españoles residentes en Santa Fe de Bogotá, se contaba uno, cuyo nombre no necesitamos revelar, que estaba casado con cierta beldad célebre, nacida en las floridas márgenes del Genil, y llegada al apogeo de su desarrollo en las del indiano Funza. Llamábase Estrella, y jamás se la designaba en el pueblo sin anteponer la

calificación de incomparable. La incomparable Estrella, la incomparable capitana, eran las dos maneras de nombrarla, porque a la verdad nada podía encontrarse tan admirablemente bello como el cuerpo de aquella joven dama.

¿Correspondía a la hermosura exterior la del alma que dentro se abrigaba?

Estrella, en nuestro concepto, no era una persona positivamente mala, sino que tenía, como otras muchas mujeres, la desgracia de haberse quedado incompleta, acaso por falta de acertada educación. Viva de fantasía, vehemente de carácter, impresionable por temperamento, carecía, en cambio, de exactitud en el raciocinio, de firmeza en las ideas, de profundidad en los afectos. Podría decirse que las pasiones resbalaban con violencia sobre la superficie de su alma, conmoviéndola toda, mas sin detenerse nunca para poder arraigarse: cuando amaba o cuando aborrecía, llegaba a lo increíble el ímpetu primero de sus sentimientos, pero frecuentemente se operaba en ella, sin darse cuenta a sí misma, una reacción inevitable, sucediendo a los poderosos arranques la indiferencia y la calma, en cierto modo necesarias pausas de una naturaleza a la vez débil y extremadamente fogosa. Del mismo modo se sucedían en su mente los pensamientos más contradictorios, sin que su juicio, siempre ofuscado por las impresiones del momento, alcanzase a descubrir con certeza dónde estaba la verdad y dónde estaba el error.

Había contraído Estrella un enlace de inclinación, siendo el capitán hombre de mérito, y además modelo de excelentes maridos, pero, a pesar de todo, dos años después de casada se aburría grandemente la incomparable capitana, porque su novelesca imaginación no hallaba el idilio que había soñado, en la historia real del matrimonio, y una serie de falsos raciocinios la había casi convencido de que debía ser desgraciada, como víctima de un engaño del que era responsable su cónyuge.

¿Por qué no continuaba siendo a sus ojos el amante medio desconocido, envuelto entre los celajes de oro con que lo revistiera su virginal entusiasmo? ¿Por qué se transformaba en un hombre, noble y cariñoso sin duda, pero asaz distinto de lo que ella lo juzgaba en sus insomnios de joven enamorada, tan pronto convirtiéndole en héroe, digno de figurar en los libros de caballería, con cuya lectura se extasiaba; tan pronto adorándole como uno de aquellos seres ideales que suelen columbrar los poetas en los arrebatos sublimes de la inspiración divina?

Estrella se sentía, por tanto, disgustada de su esposo, sin que se la ocurriera acusarse nunca a sí misma de locura o inconstancia; pues antes bien era, según su lógica, la persona paciente y sacrificada, asistiéndola, consiguientemente, indisputable derecho para quejarse de su suerte y procurar endulzársela.

En tal concepto, acaso se rindió sin grandes remordimientos a las amorosas persecuciones del ardiente fiscal, a quien durante algunos meses adornó a su placer con los más bellos ropajes que pudo inventar su meridional fantasía; hasta el punto de llegar a persuadirse que era el solo mortal capaz y digno de inspirarla un amor verdadero e indestructible. Aquello en la lógica de Estrella, no podía aparecer a los ojos de Dios vulgar crimen de

adulterio, porque Orozco y ella, predestinados a amarse, cedían fatal e irresistiblemente a la fuerza de ineludible decreto.

Sucedió, no obstante, que pasado algún tiempo, y mientras la fiscal sufría todos los tormentos de los más fundados celos, el fiscal, por su parte, comenzó a concebir agitadoras sospechas de irse despoetizando a los ojos de su amada, cuyos primeros ardores le parecían entibiados.

No recelaba todavía, a pesar de ello, que hubiese algún rival desconocido, que con su naciente poder fuese debilitando el antiguo, pero la malicia de los curiosos que suele tener ojos más perspicaces que el amor mismo, hacía circular ya observaciones significativas, sobre la exactitud con que aparecía en su ventana cada tarde la incomparable capitana, a la hora precisa en que pasaba por su calle, rigiendo vigoroso alazán el afamado jinete cacique de Turmequé, a quien nadie se igualaba en destreza y bizarría cuando enfrenaba con hábil mano los corceles más indómitos.

En honor de la verdad, tenemos que confesar que no era solamente Estrella quien se complaciese en contemplar la gallarda apostura de aquel príncipe indiano de elegante talle, de negros y fulgurantes ojos, de tez ligeramente bronceada, pero admirable por su juvenil tersura, y de profusa cabellera rizada, que sombreaba, prestándole cierta gravedad melancólica, una frente altiva y espaciosa, hecha al parecer expresamente para ostentar una corona.

Nunca resonaban por las calles de Santa Fe las conocidas pisadas del alazán del cacique, sin que se cuajasen de gente todas las ventanas y balcones; y no pocas veces pudo ufanarse el joven jinete oyendo salir de femeniles labios estas o semejantes exclamaciones: «¡Qué hermoso es ese hombre a caballo!» «¡Qué admirablemente monta!» «¡Sobre su alazán, parece el cacique una pintura!»

Aquel jinete celebrado llevaba en sus venas sangre regia americana, pues nació del himeneo del conquistador don Juan de Torres, con una princesa, hija del soberano de Tunja, la cual le llevó en dote el principado o cacicazgo de Turmequé, pero aun más que por su origen augusto, era notable por su figura, que ostentaba la singular belleza producida comúnmente por el cruzamiento de razas. Con dificultad se podría encontrar otro hombre en quien se amalgamasen tan armónicamente los más nobles rasgos de los hijos de la Europa meridional, con los característicos de las castas superiores americanas, constituyéndole un tipo magnífico, que no vacilamos en calificar como el bello ideal de los mestizos.

¿Quién puede imaginar que la impresionable Estrella mirase con indiferencia aquel príncipe típico, y que su ya decaído entusiasmo por el fiscal alcanzase a preservarla del natural anhelo de ser también vista y admirada por el objeto a quien ella veía y admiraba cada tarde al través de importuna celosía?

Este deseo debía hallar, por otra parte, eficaz aguijón en la dificultad que se le presentaba para satisfacerlo.

Don Diego de Torres, aunque pasaba largas temporadas en Santa Fe, residía habitualmente en sus dominios patrimoniales, donde era adorado por sus vasallos; y aun durante su permanencia en la capital de la Nueva Granada, veíasele poquísimo o ningún empeño por frecuentar la sociedad de las damas; ya porque los ejercicios de la equitación y la caza, en los cuales sobresalía, constituyesen sus placeres favoritos; ya porque le advirtiese secreto instinto para retraerle del peligro, que había de ser el amor causa fatal de todas sus desventuras.

La incomparable capitana ideaba, por tanto, con afán, medios a propósito para hacerse conocer de aquel hombre, que tenía la extravagancia de no haber pretendido hasta entonces la honra de rendir sus homenajes a la belleza más célebre de Bogotá, cuando recibió inesperadamente la visita del señor Monzón, que iba a cumplir con su acostumbrada formalidad la promesa empeñada a la fiscal.

No era la primera vez que atravesaba los umbrales de la casa del capitán el grave jurisperito, pero nunca le había observado Estrella tan serio y tan preocupado como entonces parecía. Embarazábale, en efecto, no poco lo delicado del asunto que tenía que tratar con una dama cuya vehemencia de carácter no le era desconocida, pero se resolvió al fin a abordar resueltamente la cuestión, y, si bien con las formas más blandas y decorosas que le sugirió su cortesía, hizo comprender a Estrella la necesidad urgente de que por su propia honra, y para poner término a las perturbaciones introducidas en el hogar doméstico de don Alonso de Orozco, se cuidase de desvanecer apariencias malignamente interpretadas por el vulgo.

Tenía orgullo la incomparable capitana, y picada en lo más vivo por la amonestación que recibía, hubo de contestar con sobrada destemplanza, pues llegó a agriarse hasta tal punto su plática con Monzón, que, indignado éste, dejó escapar una amenaza de destierro.

Entonces no conoció ya límites la violenta cólera de la dama, quien le mandó con imperio saliese al punto de su casa, realizando, si a tanto se atrevía, la imprudente baladronada proferida en su presencia.

El visitador, como ya hemos dicho, no era hombre que se dejase acobardar. Dos días después el capitán fue destinado a desempeñar cierta comisión a bastante distancia de Santa Fe, advirtiéndosele que convendría llevarse consigo a su mujer, porque podía ser largo el tiempo de su ausencia.

Apenas supo Estrella esta orden comunicada a su esposo, trazó con mano convulsa y entre lágrimas de despecho, las siguientes líneas, dirigidas al fiscal:

El odioso viejo que se ufana con oírse llamar Catón el del azote, no se contenta ya con los atropellos cometidos con vuestros compañeros, sino que, para heriros a vos mismo de rechazo, me ha insultado echándome en cara el crimen que cometo en amaros, y acaba de consumir la obra de su aborrecimiento valiéndose de un pretexto para desterrarme de Santa Fe, según osó amenazarme. Quiere a todo trance separamos para siempre, y por mi

parte os juro que así sucederá, si no me probáis con vuestra conducta que sois hombre capaz de vengaros y vengarme.

No habían pasado muchas horas desde que esta carta fue puesta en manos de don Alonso de Orozco, cuando se veía ya a la incomparable capitana, despejado el ceño, embellecido el expresivo semblante con el encanto de la más dulce sonrisa, disponiendo por sí misma, con cierta impaciencia jubilosa, los preparativos de la partida, señalada para la siguiente mañana.

¿Qué había ocurrido que operase tan repentino cambio?...

Cosa muy sencilla en apariencia. Estrella se hallaba enterada de que el lugar de su destierro era casualmente... Turmequé.

III

La carta y la partida de nuestra heroína rompieron de un golpe las urbanas, si no amistosas relaciones, que hasta entonces se conservaron entre don Alonso de Orozco y don Juan Bautista Monzón.

El odio que el primero concibió contra el segundo, comenzó desde luego a hacerse ostensible con toda la acrimonia propia de la índole del rencoroso togado, y su amigo Zorrilla, siempre dominado por el ciego afecto que le profesaba, no tardó en tomar parte en sus desfavorables sentimientos respecto al visitador, quien por su lado, aunque comprendiendo lo temibles que eran aquellos nuevos enemigos, no creyó propio de su dignidad cejar ni siquiera una línea de la posición en que la suerte le había colocado casi a despecho suyo, pues siempre tuvo por sistema, durante el desempeño de su delicadísima misión, el respeto más profundo por la vida privada.

La ciudad, hecha ya antes centro permanente de intrigas, llegó a convertirse, por las influencias de Orozco y de Zorrilla, en verdadero campo de Agramante, donde nadie se consideraba a cubierto de calumnias y maquinaciones, y donde a cada paso se suscitaban alborotos, capaces de mantener a las gentes pacíficas del pueblo en continua alarma y profundo descontento.

Pero aunque trabajase don Alonso con empeño constante para atizar los odios de los partidos, y crear dificultades y tropiezos al severo visitador, a quien a todo trance quería perder, no dejaba por eso de consagrar largas horas a los tiernos desvelos de su pasión amorosa, que se exaltaba con la ausencia de su objeto. Casi no pasaba ningún día sin que hiciese llegar a manos de Estrella cartas expresivas y largas, en las que, al mismo tiempo que pintaba los tormentos de su amante pecho, explayaba su enconado resentimiento contra don Juan Bautista, y la resolución que había tomado de no sosegar un momento hasta hacerle salir de la Nueva Granada o encontrar en ella su sepulcro.

Ni una palabra, sin embargo, contestaba a tan repetidas y elocuentes misivas la bella desterrada, y su prolongado silencio fue haciéndose tan insoportable para el fiscal, que, fingiendo un negocio urgente, que le obligaba a ir a Tunja, entró de incógnito en Turmequé, muy decidido a arrostrar con todo, si era preciso, para ver a su dama y oír de sus labios la causa del enojo que parecía mostrarle al rehusar respuesta a sus escritos apasionados.

El mismo día en que llegó, sigilosamente y disfrazado, asistían el capitán y su esposa a una gran montería a que los convidara el cacique, con quien el primero contrajo grande amistad, según fatal tendencia de todos los maridos condenados por la suerte a ser víctimas de una desgracia que tarde o nunca conocen.

Tuvo el dolor don Alonso de ver pasar delante de sus ojos la lucida cabalgata de bizarros cazadores, entre los cuales brillaba esplendorosa la Estrella de su alma, que, para colmo de malandanza, acariciaba en aquel instante, con los más suaves rayos de su luz, al joven príncipe indiano, colocado en su famoso alazán junto al tordo palafrén, cuyos lomos oprimía ligeramente la gallardísima amazona.

Tan perfecta pareja formaban aquellos dos tipos, verdaderamente hermosos, que el mismo fiscal no pudo menos de admirarla, mas sintiendo a la vez abrasársele el pecho con la infernal llama de los celos.

Comenzó entonces la expiación providencial, debida justamente a tantas humillaciones y angustias como aquel mal marido había hecho sufrir a su desgraciada consorte.

Renunciamos a describir el rabioso despecho que devoró a don Alonso durante las horas de la alegre montería, que se le hizo interminable, y sin meternos tampoco en los corazones del cacique y de la capitana, para escudriñar y describir al público el porqué huyeron veloces para ellos aquellas mismas horas que al fiscal le parecieron eternas, abreviaremos nuestra historia, diciendo únicamente que al regresar la cabalgata ya había logrado Orozco ponerse de acuerdo con una negra, esclava de su ídolo, y confidenta y favorecedora, en no lejanos días, de sus adúlteros amores, para que le facilitase con aquélla una conferencia a solas.

Probablemente sospechaba la esclava que ocurrían algunas mudanzas en el fondo del pecho de su ama, pues no osó prevenirla de la visita inesperada que iba a proporcionarla aquella noche, aprovechando el tiempo en que acostumbraba el capitán divertirse con los naipes en la casa de un amigo.

Sucedió, por tanto, que mientras la negra, pagada anticipadamente por Orozco, le introducía con sigilo en el gabinete en que pensaban encontrar a Estrella, ocupada según solía en la lectura de sus libros predilectos, que eran todos de aventuras de caballería y de amorosas intrigas, nuestra heroína daba entrada por la puerta trasera de la casa, y entre los arbustos fragantes de su solitario jardín, a otra visita también de antemano concertada.

La bella inconstante tocaba al apogeo de la dicha, porque se hallaba en el período álgido de su nueva pasión, y era aquella la primera cita a que asistía el amante por quien entonces deliraba.

Sorprendidos Orozco y su introductora al no hallarla, como habían supuesto, en su gabinete favorito, recorrieron, buscándola, todas las habitaciones de la casa, mas fue diligencia inútil. La esclava, sin embargo, mostraba certeza de que no había salido su señora, ocurriéndosele al cabo que era probable se hallase en el jardín, oído lo cual por el impaciente fiscal se dio prisa a descender a él, haciéndosele un siglo cada minuto que tardaba en verse a las plantas de su hermosa querida.

Tan luego como penetró en aquel recinto perfumado, tuvo por segura la presencia de Estrella, pues nada, en verdad, parecía más natural que escoger tal sitio para asilo misterioso de pensamientos tiernos.

Reinaba una cálida y serena noche de estío: el firmamento, límpido y estrellado, comenzaba, además, a argentarse con los suaves rayos de la luna, que iba apareciendo majestuosa en su trono de nácar; los árboles y plantas, de diversas formas, adquirían cierta fantástica vaguedad al balancearse entre los pálidos albores; los efluvios penetrantes de mil variadas flores embalsamaban la atmósfera, refrescada un tanto por aquellas voluptuosas brisas de los mares del sur americano... y la soledad poética del lugar, el silencio interrumpido a intervalos por algunas notas musicales del ruiseñor oculto entre las ramas..., todo, en una palabra, hacía del jardín de la incomparable capitana, en aquellas horas de las sombras propicias al amor, un teatro a propósito para las ardientes aspiraciones del deseo y los ensueños dulces de la esperanza.

Tanto era así, que don Alonso se sintió estremecido de emoción a la sola idea de encontrar allí a su amada, envuelto el lindo talle por aquel ambiente fragante, coronada la alabastrina frente por los tibios destellos del astro apacible de la noche, y acariciada la blonda cabellera por los tenues besos del aura, que uniría sus suspiros a los recogidos en sus alas de los carmíneos labios de la hermosa.

Enajenado con tales pensamientos, había andado gran parte del jardín, cuando de pronto, al aproximarse a un cenadorcillo cubierto de madreselvas, llegó a sus oídos el suave murmullo de femenil acento.

Palpitó con violencia el corazón del togado, que dio tres pasos más precipitadamente, pero se detuvo en seguida, atónito y como estupefacto.

No podía ya caberle duda: era la voz de Estrella la que oía..., la voz de Estrella, pronunciando dentro del cenador algunas de aquellas inefables palabras que le habían sido a él mismo tantas veces dirigidas.

En la presente ocasión contestaba a ellas otra voz varonil, que con cada una de sus apasionadas inflexiones clavaba en el pecho del fiscal, agudo y emponzoñado dardo.

Tan aterradora fue la impresión recibida, que se quedó éste durante algunos minutos sin movimiento, sin habla, y aun pudiéramos decir sin conciencia exacta de lo que le estaba pasando.

A los esfuerzos que para arrancarle de allí comenzó a hacer la asustadísima esclava, comprendiendo al fin lo crítico de la situación, se fue despertando en don Alonso la paralizada actividad, y con tal ímpetu se desató en su alma la furia de los celos, que, queriendo acaso decir algo, sólo pudo arrojar un grito inarticulado, más semejante al rugido de una fiera que a ninguna exclamación salida del labio humano.

Oyólo Estrella, y echó a correr despavorida a refugiarse en su casa, en tanto que don Alonso, tirando frenético de la espada, se precipitaba hacia la entrada del cenador, donde se encontró frente a frente con el joven cacique de Turmequé.

Aunque disfrazados ambos, reconocieron los dos rivales a la primera mirada, y, sin trocar una sola palabra, cruzaron al punto los aceros, cuyos estridentes choques sucedieron de pronto a los tiernos conceptos y a los amorosos suspiros de que, momentos antes, había sido testigo aquel jardín solitario.

La esclava, mientras tanto, explicaba con balbuciente labio a su señora, de quien fue en seguimiento, los antecedentes de lo ocurrido, convirtiendo con tales aclaraciones el pánico temor que hiciera huir a Estrella, en fundado y profundísimo espanto.

Ya hemos dicho que no era malo el corazón de la voltaria beldad; que no pertenecía al número de aquellas frías coquetas capaces de hacerse un juego del amor que inspiran, y un triunfo de los desastres que ocasionan. Había amado al fiscal, idealizándolo con todos los tesoros de su rica fantasía, y ahora, que aquella ilusión se hallaba desvanecida, amaba con nuevo delirante entusiasmo al bello príncipe indígena, que parecía hecho ex profeso para exaltar los sentimientos de una organización caprichosa, en la que todo era tan enérgico como pasajero.

A la idea de que dos hombres igualmente enamorados de ella se habían encontrado en su jardín, preveía la incomparable capitana la consecuencia inmediata de semejante suceso, y se halló presa de tan terrible angustia e insoportable ansiedad, que, sin atender a las súplicas y reflexiones de su esclava, tornó desatentada al mismo paraje de que había huido, resuelta a interponer su hermoso pecho entre las espadas de don Alonso y don Diego.

En vano, empero, recorrió todo el jardín, llamando al uno y al otro entre desgarradores sollozos; todo estaba desierto y silencioso... Los dos rivales hablan desaparecido, cual si se los tragase la tierra, y acaso juzgara Estrella que cuanto le parecía haber ocurrido aquella fatal noche no era sino alucinación de un sueño, si de pronto, al pasar cerca del cenador, no hubieran resbalado sus delicados pies en un charco de todavía hirviente sangre.

Cayó sin sentido sobre ella, y al levantarla en sus brazos la negra que la acompañaba, pudo observar, merced a la claridad de la luna, luciendo ya plenamente en lo más alto del firmamento, que el rojizo rastro llegaba hasta la misma puerta del jardín.

Era evidente, por tanto, que uno de los dos contendientes había sido sacado por allí, regando con su sangre las huellas de su conductor.

IV

La incomparable capitana fue asaltada aquella noche por violentísima fiebre, que su marido y su médico atribuyeron, desde luego, a las fatigas y a las emociones de la montería reciente, y que su previsora esclava supo aprovechar para enarenar por sí misma la parte del jardín donde las manchas de sangre revelaban la escena de que había sido teatro.

Nosotros, por nuestra parte, dejaremos a la señora en su lecho, y a la negra en su prudente trabajo, para transportar por segunda vez al lector a la ciudad de Santa Fe, y presentarle, como es debido, otro personaje de esta verídica historia, del cual aún no hemos tenido ocasión hasta ahora de darle noticia alguna.

Llámase Juan Roldán, y un buen amigo nuestro (distinguido escritor del lejano país en cuya infancia ocurrieron los dramáticos hechos que relatamos) lo ha designado con el nombre de Artagnan de Bogotá.

Había sido aquel hombre alguacil de corte durante la presidencia de don Lope de Armendáriz, quien lo estimaba mucho, y en servicio del cual jugó algunas malas partidas al visitador Monzón, pero descubriendo en ellas tanta travesura de ingenio y tanta decisión de carácter, que, lejos de cobrarle ojeriza el viejo jurisconsulto, concibió vivos deseos de conocerle y de atraerle a su bando.

Efectivamente, cierto día que pasaba Roldán por la plaza donde tenía su morada el visitador, pocas semanas después de lo narrado en nuestro anterior capítulo, se halló sorprendido por el aviso, dado por un paje, de que su señor le había visto desde el balcón y le mandaba pasase inmediatamente a su despacho.

Atendiendo a la voz de la conciencia, pensó desde luego el cesante alguacil que era llegado, aunque algo tarde, el momento de pagar sus insignes trapisondas en favor del presidente caído; pero, no obstante, se presentó a Monzón con tranquilo talante y levantado ánimo, porque era persona que no eludía nunca la responsabilidad de sus actos.

-¿Sois vos -le preguntó el juez-, quien, según afirma la pública creencia, me habéis puesto por apodo Catón el del azote?

-Sí, señor -respondió sin inmutarse Roldán-: Catón, según dicen gentes más instruidas que yo, era un austero romano, enemigo declamado de toda injusticia. ¿Con quién mejor pudiera, por tanto, comparar a vuestra señoría?

-Veo que no me engañaba -dijo don Juan Bautista-, al suponeros un perillán de talento y de audacia, capaz de salir bien de las mayores dificultades. ¿Habré acertado del mismo modo con otra cosa que imagino de vos?

-Dígala vuestra señoría -replicó Roldán-, y con toda franqueza le declamaré si se equivoca o si atina.

-Pues bien -repuso Monzón-, paréceme, desde que tuve conocimiento de algunos rasgos vuestros, que tenéis mucho de duende, y en tal concepto nada puede pasar en todo el reino de la Nueva Granada, sin que os sea fácil dar de ello los más exactos pormenores.

-Exagera un poco vuestra señoría -contestó el ex alguacil-, aunque no va del todo descaminado su juicio. Es indudable que casi siempre descubro cuanto quiero descubrir, y averiguo cuanto me conviene averiguar, mas carezco de la facultad, atribuida a los duendes, de penetrar hasta el fondo del alma para descubrir sus secretos; y tanto es así, que, cuando vuestra señoría me hizo llamar, hubiera jurado estarme destinada cuando menos terrible reprimenda; del mismo modo que ahora, viendo la afabilidad con que me trata, no tengo bastante ingenio para explicarme tan impensada fortuna.

-Sin embargo -observó sonriendo el visitador-, estoy seguro de que comprendéis perfectamente que un hombre como vos pueda ser preciosa adquisición para otro hombre que se halle en mis especiales circunstancias.

-La verdad es -dijo Roldán- que no me figuraba lo reconociera vuestra señoría; pero me guardaré bien de incurrir en una falsa modestia, negando que encuentre en mí cuanto pueda necesitar, si pretende vuestra señoría tener a su disposición un amigo a toda prueba.

-¿Queréislo ser desde hoy? -inquirió el visitador.

-Lo quiero y lo he menester -respondió Roldán-; pues no sólo me complazco en consagrar mi vida al servicio del señor que me escoge, sino que además mi cesantía me reduce a vivir con harta escasez, para no aprovechar favorablemente ardiente ocasión de proporcionarme, a cualquier precio, tan poderoso patrocinio.

-Dadme, pues, la mano -pronunció el visitador-, y contad con que, viviendo yo, no faltará nunca el pan en vuestra mesa, pero sabed también que exijo prueba inmediata de que queréis y podéis corresponder a mi buena voluntad en favor vuestro.

-Determine vuestra señoría esa prueba y la tendrá, si no es humanamente imposible.

-Pues bien, tomad este bolsillo, que contiene oro de buena ley, y volved a verme dentro de tres días, trayéndome informes fidedignos de dónde se encuentra y qué es lo que hace el fiscal don Alonso de Orozco, pues no ignoráis sin duda, como nadie en el pueblo, que partió para Tunja a no sé qué negocios, hace ya cerca de un mes, y nada se sabe de él; lo cual tiene a su esposa muy llena de zozobras, y a mí muy lleno de sospechas de que aquél, mi enemigo, prepare entre el misterio nuevos embrollos y asechanzas.

-Al tiempo fijado por vuestra señoría, y a la misma hora que está sonando, me verá entrar en esta estancia, para poner en su conocimiento cuanto logre inquirir sobre el asunto que me encarga.

-Adiós, pues, Roldán; cuento con vuestra promesa y con vuestra discreción.

-Adiós, señor don Juan Bautista; aunque se lo haya tragado la ballena de Jonás, juro traer a vuestra señoría noticias ciertas de las operaciones del fiscal.

Estas fueron las últimas palabras trocadas entre el juez y el alguacil, quienes se separaron en seguida, quedando el uno muy satisfecho del servidor que adquiría, y yendo el otro colmado de esperanzas con el protector que ganaba.

V

Con la ausencia de don Alonso de Orozco se había calmado un tanto la agitación efervescente de los dos partidos o bandos en que se hallaba dividida la ciudad de Santa Fe, patentizándose más quién era el principal excitador que tenían por entonces las pasiones populares.

Don Juan Bautista, sin embargo se hallaba cual nunca preocupado, porque le advertía vago presentimiento que algo muy nuevo y terrible debía surgir pronto de aquella transitoria suspensión, que bien podía compararse con la calma que suele preceder a las grandes tempestades.

Esperaba con impaciente anhelo los informes prometidos por Roldán, y llegó al fin el día señalado para su segunda entrevista, presentándose el alguacil cesante exactamente a la hora por él mismo fijada.

-¡Y bien!, ¿podéis sacarme de dudas? -preguntó el visitador, apenas le tuvo en su presencia-. ¿Se halla en Tunja todavía el silencioso fiscal?

-No se halla en Tunja, ni ha pisado siquiera aquel suelo -respondió Roldán moviendo la cabeza-. El señor de Orozco fue solamente a Turmequé, con objeto sin duda de procurar algún solaz a la bella desterrada, pero sé de buena tinta que sólo ha contribuido su visita a aumentar los disgustos de la incomparable capitana. Es cosa fuera de duda, al parecer, aunque sabida de muy pocas personas, que el pobre fiscal tuvo un duelo, según algunos, con el marido de la dama; según otros, que a mi entender juzgan mejor, con cierto

caballero, desconocido todavía, y con el cual medió, por lo visto, alguna casual reyerta. Lo que hay de positivo, hoy por hoy, es que don Diego de Torres halló, no sé dónde, al susodicho don Alonso, herido de no poca gravedad, y que lo hubiera pasado harto mal, si piadoso el cacique no lo hubiese confiado sigilosamente a los cuidados de un amigo suyo, que le ha asistido con cariñoso esmero, teniendo el gusto al presente de contemplarle fuera de peligro. Si son de todo punto exactos los informes adquiridos, dentro de pocos días tendremos en Santa Fe al convaleciente, y quiera Dios que la sangría recibida le haya calmado el ardoroso espíritu de intriga que tanto desarrollo había adquirido en él durante los meses últimos.

-No esperaba, ciertamente, nada de lo que me habéis contado -dijo Monzón a su nuevo servidor-; pero tanto confío en su exactitud, que excuso buscarle confirmación escribiendo a mi joven amigo el señor de Turmequé, quien desde luego me confiaría cuanto supiese, pues creo merecerle absoluta confianza. En cuanto a la llegada de Orozco, no os encargo me deis inmediatamente aviso de ella, porque abrigo certidumbre de que, no obstante la sangría recibida, como vos decís, ha de volver aquel hombre tan inmutable en sus odios, que, sin que nadie me la advierta, conoceré de seguida su presencia en Santa Fe.

El visitador no se engañaba en cuanto a prever que el regreso de su enemigo se haría sentir prontamente, pero pudo notar con extrañeza un nuevo e inesperado giro en las intrigas que difundía su soplo.

Aunque asaz decaída la robustez física de don Alonso, a consecuencia, según él, de unas largas tercianas acabadas de pasar, de ninguna debilidad se resentía su ánimo, fecundo siempre en invenciones dañinas, y la que entonces echó a volar por la atmósfera pública, era de tal naturaleza que desde luego conocerá el lector cuán meditada había sido, y qué infernal espíritu la inspiraba.

Comenzó a circular de súbito pavoroso rumor: hablábase nada menos que de una conspiración formidable, preparada entre tinieblas y próxima a estallar cuando menos se esperase. Suponíase que la todavía numerosa raza india, saliendo al cabo de su aparente indolencia por alguna iniciativa secreta, tenía concertado el degüello de todos los españoles, comenzando la sangrienta hecatombe por los magistrados de la Real Audiencia y demás autoridades de las provincias de Nueva Granada.

Esta voz, insólita y alarmante, fue haciéndose de día en día más fuerte y más insistente, hasta el punto de inquietar mucho, según indicios, a los señores magistrados, cuyo espanto pareció llegar a su apogeo al sonar repentinamente el nombre del cacique de Turmequé, como jefe de la conspiración tenebrosa.

Ninguna de las personas que le conocían particularmente prestó crédito a tal acusación, pero el bando contrario al visitador, de quien era grande amigo don Diego, aparentó profunda certeza de ser harto fundada la voz pública, a la que hizo tomar cuerpo y procuró justificar con toda clase de calumnias contra el acusado.

Mientras tanto, los oidores exageraban sus alardes de pavora, y con motivo todo del vociferado alzamiento, se organizaron a toda prisa compañías y escuadrones de soldados; se puso guardia permanente al Real Sello, llamando para ello desde Marequita al capitán que tenía dicho cargo, y, suponiendo a la ciudad de Tunja foco de la conspiración, llenáronla de vigilantes y espías, cortando los caminos por donde se dijo esperaban nuevas fuerzas los conjurados.

En vista de tantos preparativos y armamentos, las gentes sencillas llegaron a amedrentarse de veras, y, según palabras del cronista don Juan Rodríguez Tresle, se «alborotó toda aquella tierra, si bien entendían los buenos el engaño y la falsedad en que se fundaba todo».

Era uno de estos buenos, que veían claramente la mano urdidora de la trama, el visitador don Juan Bautista Monzón, el cual se explicó entonces por quién y con qué motivo había sido herido el fiscal, resuelto al parecer a vengarse a todo trance.

En consecuencia, confió a Juan Roldán la nueva misión de pasar secretamente a Turmequé para ver al cacique en su nombre, darle conocimiento exacto de lo que estaba pasando, y aconsejarle huyese sin demora, embarcándose para España, donde, a cubierto de las iras de su enemigo, podía poner en claro su completa inocencia y las viles maquinaciones de que se intentaba hacerle víctima.

Roldán desempeñó con su fidelidad acostumbrada el encargo que se le confiara, y puso en juego cuantos recursos le sugirió la imaginación para decidir a don Diego a no perder momento, ya que, por fortuna, o más bien por carencia de pruebas, que aún no habían podido fraguarse, retardaban mandarle prender el fiscal y sus secuaces.

Todo, sin embargo, fue inútil. Hércules hilaba a los pies de Ofelia, olvidando toda una vida de gloriosas proezas; y Sansón, adormecido en el regazo de Dalila, se dejaba despojar de la cabellera, en que consistía su fuerza, para ser entregado a los filisteos...

¿Qué mucho, pues, que un indolente príncipe indiano, en el período más fuerte de su amorosa pasión, lo olvidase también todo y todo lo arriesgase, antes de consentir en romper la dulce cadena que lo ataba en Turmequé a las plantas de la incomparable Estrella?

Los sabios consejos del visitador, y las reflexiones y súplicas de Roldán, se estrellaron fatalmente contra la invencible ceguera de los primeros amores, y persuadiéndose don Diego de que todas las alharacas y calumnias excitadas por su vencido y rabioso rival, no podrían causarle otro daño que el de inquietarle algunos días, si era tan cobarde que las temiera, se contentó con agradecer a Monzón y a su emisario el interés que le demostraban, contestando al primero en las siguientes líneas, trazadas al correr de la pluma y sin ningún género de previsión o cuidado:

He sabido por vuestro mensajero todo lo que ocurre allá, y veo que, como me decís, la trama se transparenta bastante; pero no tengáis cuidado: yo no me amedrento ni huyo, mas estoy prevenido, y, si fuese menester gente, de las hojas de los árboles sabremos hacer hombres, antes que sucumbir a los sátrapas opresores de este infortunado país. De todos modos, cuento con vos y con la ayuda del cielo, para no ser vencido en la lucha.

Confiado este escrito a Juan Roldán, le despidió el cacique, no sospechando ni remotamente que acababa él mismo de suministrar un arma a la malicia de sus contrarios; arma que le asestarían sin darle tiempo para llevar a efecto ninguna de las prevenciones en su defensa, que, según indicaba a Monzón, parecía dispuesto a oponerles. La fatalidad, que comenzaba a perseguirle, se encargó de apresurarle la triste evidencia de su imprevisión y de la sagacidad de los calumniadores.

Don Alonso se había creado una policía, por la cual se hallaba al corriente de cuanto pasaba, así en la capital del reino como en Tunja y en Turmequé: ella le dio conocimiento oportuno de la salida de Roldán para el último de dichos puntos, con misión secreta del visitador para don Diego de Torres, y cuando desempeñada aquélla, regresaba el ex alguacil de corte un tanto mohíno de la inutilidad de sus esfuerzos, se vio asaltado de súbito en lo más solitario del camino, por seis hombres armados que se daban todas las apariencias de ladrones, pero que, según pudo comprender más tarde, eran agentes disfrazados del infatigable Orozco.

Creviendo al principio Roldán que se trataba sólo de despojarle del dinero, y dispuesto a sacrificarlo, a trueque de no perder momento para llevar cuanto antes a su nuevo protector la carta del cacique, cuyo contenido ignoraba, sin embargo, no vaciló en vaciar prontamente sus bolsillos en manos de los salteadores, pero como no era esto lo que ellos buscaban, aparentaron dudar fuese tan escaso el oro que llevaba consigo, expresándole no se satisfarían sino después de registrarle escrupulosamente.

Al ejecutarlo así, encontraron la carta del cacique al visitador, y la tenaz resistencia opuesta por Roldán a dejársela arrancar, sólo sirvió para convencerlos de la importancia del hallazgo, el cual se apropiaron sin escrúpulo, dejando harto mal parado al animoso alguacil, quien se batió heroicamente contra los seis para defender el objeto que le estaba encomendado.

Quedó el infeliz rendido, y maniatado a un árbol en el fondo de áspero matorral, donde pasó dos días sin ningún auxilio humano. Acudieron al cabo, atraídos por sus gritos, algunos indios de las cercanías, los cuales le acogieron hospitalariamente en sus chozas, proporcionándole el alimento y descanso de que se hallaba asaz necesitado.

La carta del cacique al visitador, de que se vio en posesión don Alonso de Orozco, fue para él un tesoro superior en valía a cuantos hubiera podido concebir en su avidez de venganza. Aquella carta, que, como habrán notado nuestros lectores, se prestaba sin violencia a las interpretaciones más malignas, no sólo comprometía gravemente a su autor, sino también a la persona a quien iba dirigida; por tanto, el fiscal se encontraba impensadamente con medios de satisfacer su ensañado aborrecimiento hacia el hombre que le había robado el corazón de su querida, regando, además, con su sangre el sitio de amorosas citas, y de cumplir al mismo tiempo los votos de su ciego encono contra el severo censor de sus devaneos, quien, desterrándole el objeto amado, había sido origen de sus primeros pesares, y aun de las posteriores consecuencias de aquella separación impía.

Tan grande fue el júbilo que le inundó el alma, que su salud no poco quebrantada de resultas de las heridas, se robusteció rápidamente, recobrando aquella naturaleza activa y vigorosa todo su resorte primitivo.

El importante documento, espada de dos filos en su mano, fue presentado sin pérdida de tiempo al tribunal y examinado en secreta sesión que el público no conoció hasta ver sus efectos, sirviendo de encabezamiento a la causa criminal incoada contra don Diego de Torres, sobre el cual recayó en el mismo día mandamiento de prisión. No se atrevió la Audiencia a dictar igual medida respecto del visitador; ya fuese porque se intimidase ante la magnitud del hecho, comprendiendo que si la opinión pública aceptaba sin dificultad la verosimilitud de que un príncipe indígena conspirase por libertar a su pueblo del extranjero yugo, no podría aceptar del mismo modo la absurda suposición de que se le asociase en la empresa el severo magistrado español honrado con la confianza del rey; ya fuese porque se propusiera Orozco forjar, durante el curso del proceso, indicios más vehementes en que la inculpación se apoyara.

Corrieron tan veloces los procedimientos del tribunal, que sorprendido el cacique, cuando ni aun sospechaba posible se intentase llegar a tal extremo en la farsa creada por el odio, se encontró preso en su propio domicilio, sin que le fuera posible intentar defenderse, entrando en Santa Fe, para ser encerrado en oscuro calabozo, el mismo día en que Roldán, repuesto un tanto de su maladanza, volvía también confuso y cabizbajo, para presentarse al visitador y darle cuenta de su triste aventura.

De este modo supo don Juan Bautista simultáneamente el encarcelamiento de su amigo y la existencia de una carta de éste dirigida a él, en poder de los enemigos de ambos; pero como ignoraba la forma fatalmente ambigua que había dado el desacertado joven a aquel escrito familiar, y como no le era posible suponer pudiera redundarle otro daño que el de patentizar su interés por la suerte del simpático príncipe, estuvo muy lejos de prever las ulteriores consecuencias que, para el uno y para el otro, pudiera tener aquella carta.

No obstante esto, le afectó en gran manera la prisión de don Diego, tanto más, cuanto que comprendía que todo lo que intentase hacer en su favor podría resultar en su daño, aumentando, con las pruebas de su cariño, el odio tan ostensiblemente empezado a mostrar contra don Diego, por el bando que hasta entonces había hecho del mismo Monzón blanco principal de sus tiros.

La causa formada al preso avanzaba con inusitada rapidez y envuelta en profundísimo misterio, pero toda la gente desapasionada iba viendo, asaz claro, que la única verdadera conspiración era la fraguada por el fiscal para comprometer al cacique, persuadiéndose, sin embargo, la generalidad del público, y más que nadie Monzón, de que faltando pruebas con que justificar el crimen imputado a don Diego, el desenlace del drama no podría ser sangriento.

El desengaño de tal juicio no se hizo esperar mucho. Siguiendo sus trámites el proceso sin la menor pausa, llegó a vista, y todo el reino de Granada supo, con escándalo y dolor, que el cacique de Turmequé, convicto de traición a la madre patria, por una carta suya y por dos testigos, agentes conocidos del fiscal, había sido condenado al cadalso, confiscándose todos los bienes a favor de la Real Cámara.

Cuando don Juan Bautista tuvo certeza de aquella increíble injusticia, la tuvo también, por desgracia, de que el asesinato jurídico que se intentaba aparecía revestido de todas las formalidades legales, no prestándose, por tanto, a que se reclamase contra él; pero sí a que cualquiera gestión suya a favor del sentenciado, apareciese como corroborante de la complicidad que en dicho proceso se procuraba atribuirle, bien que de un modo oscuro y cobarde.

Hasta la misma severidad de Monzón, suspendiendo, como lo había hecho, a algunos ministros de la Real Audiencia, había servido a los planes de sus adversarios, pues reducido el tribunal a sólo dos oidores, y siendo Zorrilla dócil instrumento de la voluntad de Orozco, del lado a que se inclinase éste iba forzosamente el peso de la mayoría.

Ningún recurso, por tanto, encontraba don Juan Bautista para salvar a don Diego; ninguna esperanza podía enviar al infortunado amigo víctima de inicua trama.

Bajo la pesadumbre de este pensamiento, paseábase el visitador nerviosamente agitado por toda la longitud de su aposento, mesándose de vez en cuando las venerables canas, y exhalando a intervalos dolorosas exclamaciones, cuando entró su paje a advertirle que el ex alguacil de corte pedía con empeño hablarle.

Todo era importante para el afligido anciano en aquellos instantes, y estuvo a punto de negarse a recibir a Roldán. Pero era tanta, al parecer, la impaciencia de éste, que, sin aguardar venia, apareció de pronto en su presencia.

-Ya sabréis el espectáculo que vamos a tener -le dijo con acerba sonrisa don Juan Bautista-; la sangría que esperabais debilitase el ardor de los odios del fiscal, va a producir otra, de efectos más seguros y funestos.

-Sé que está condenado a muerte don Diego de Torres -contestó el alguacil-; pero sé también que al entrar en capilla mañana, cesará la incomunicación en que se le ha tenido hasta hoy.

-¿Qué consuelo sacáis de eso? -preguntó Monzón.

-Uno muy importante -repuso su interlocutor-; podré verle y hablarle.

-No me hallo con fuerzas para hacer otro tanto -dijo el visitador suspirando.

-Pues yo sí -replicó Roldán, en cuyo rostro pareció brillar cierta vislumbre de esperanza-
¿Juzga vuestra señoría imposible que antes de que luzca el día de la ejecución ordenada por el tribunal, venga una noche bastante tenebrosa para favorecer, mediante mi buena voluntad y el auxilio del cielo, la evasión de don Diego de Torres?

-¡Ah!, si tal lograsedis -exclamó el magistrado, a quien parecía comunicarse el ánimo de su nuevo amigo-; si a tanto llegara vuestro ingenio y vuestra audacia, juro que os pondría «por medalla de mi gorra».

-Pues yo soy capaz de todo por servir a vuestra señoría y por libertar al pobre cacique, víctima inocente de la más sañosa envidia.

-Pero, ¿qué haréis -preguntó don Juan Bautista- para salir bien de vuestro empeño? ¿Qué plan habéis concebido? ¿Con qué cooperación contáis?

-Suplico a vuestra señoría -replicó al punto Roldán-, no me pida explicaciones, pues en balde querría dárselas. Sólo sé que me he dicho a mí mismo, con resolución inmutable, que es menester salvar la vida de don Diego, impidiendo el triunfo del fiscal. Me lo he dicho a mí mismo, y creo que lo cumpliré. Los medios, dejo a la Providencia el cuidado de suministrármelos. El sábado, según tengo entendido, es el día señalado para la ejecución sangrienta. Ruego a vuestra señoría que el viernes por la noche tenga aprestado algún disfraz oportuno, y en sus caballerizas el mejor y más ligero de sus caballos, pues confío presentarle aquí al preso, y conviene que todo esté preparado para su precipitada fuga.

El visitador, sin poder contenerse, estrechó en sus brazos al alguacil cesante, y le juró solemnemente que o no podría cosa alguna, o le alcanzaría la mejor encomienda de la Nueva Granada.

-No me pesará ser rico -contestó Roldán-; pero el abrazo que acabo de recibir de vuestra señoría vale más que todas las encomiendas del mundo. Adiós, señor; hasta el viernes por la noche..., o hasta la eternidad; porque si no salgo airoso de mi empresa, jamás tendré valor para tornar a ponerme en la presencia de vuestra señoría.

VII

Al llegar a los oídos de Estrella la inesperada cuanto infausta noticia de haber sido sentenciado a muerte el hombre a quien al presente adoraba, por la implacable venganza

del amante pretérito y sustituido, sintió con tal violencia los ímpetus del dolor y de la ira, que, en los primeros momentos de febril exaltación, estuvo a punto de ir a Santa Fe, para traspasar con un golpe de su propia diestra el corazón del malvado, que le parecía entonces imposible hubiese sido nunca objeto de su cariño entusiasta.

Cierto moralista ha dicho que nada llega a ser tan indiferente para una mujer como el amante que no ha sabido conservar su conquista; pero Estrella iba más lejos, y no sin razón, pues concebía odio a muerte contra don Alfonso; reputando gran desdicha que la espada del cacique hubiera dejado incompleta su obra, la memorable noche del encuentro en el jardín.

Estos arrebatos, sin embargo, tuvieron la limitada duración de que, al parecer, no acertaban a salir los sentimientos de aquella alma impresionable y, viniendo al extremo de la reacción, sucedió a ellos tan profundo abatimiento y tan femenil flaqueza, que acabó Estrella por escribir humilde y poética carta al mismo causador de su amargura, a quien poco antes hubiera querido aniquilar con su saña.

En aquella carta, no sólo se le imploraba con fervorosas súplicas para que no manchase su buen nombre de magistrado, sacrificando a un inocente a sus rencores de hombre, sino que hasta se le dejaba entrever la lisonjera esperanza de recobrar la felicidad perdida, si mostraba merecerla, dando, con la salvación de su rival, prueba grande y gloriosa de su levantado ánimo.

Al trazar dichas líneas la incomparable capitana, creíase de buena fe sublimada hasta la cumbre del más excelso heroísmo; porque matar a don Alonso por amor a don Diego se le presentaba entonces como cosa vulgar; pero sacrificar su nuevo amor hasta el punto de volver al antiguo, en el momento de serle más odioso, era comprar la vida del cacique con la inmolación de sí misma.

Juzgando, pues, según estas ideas, que forzosamente se rendiría el corazón de Orozco a pruebas tan extraordinarias de la inmensa valía del que se le presentaba posible de reconquistar, calmáronse un tanto sus angustias y zozobras, pasando de un modo llevadero los penosos días de expectativa.

Mientras tanto, el fiscal, insensible a los elocuentes ruegos y a las dulces esperanzas que la carta contenía, mandó notificar su sentencia al desventurado don Diego, haciéndole poner en capilla inmediatamente después.

Aunque sorprendido el joven por golpe tan imprevisto, pues jamás se le ocurrió pudiera llegar a tanto la audacia y perversidad de su enemigo, supo mostrar la dignidad y entereza que convenía a su rango, y de la multitud de amigos que se apresuró a ir a visitarle, tomando parte en su desgracia, no hubo siquiera uno que no saliese asombrado el predominio inmenso que ejercía sobre sí mismo aquel príncipe, lleno de porvenir, a quien iban a arrancarle la existencia en lo más florido de sus años.

Las simpatías que siempre mereció de la mayoría del pueblo, se exaltaron, como era natural, por la compasión excitada por su desgracia, y hasta muchos de los mismos partidarios del fiscal se mostraron poco dispuestos a aplaudir aquel triunfo, del que en su interior se avergonzaban.

Durante todo el día del jueves no se desocupó un momento de visitantes entristecidos el calabozo de don Diego, siendo uno de los últimos que se presentó a llenar tan amargo deber el ex alguacil Roldán, pues llegó precisamente en el momento de anunciar el alcaide que había sonado la hora de cerrar las puertas de la cárcel. Apenas tuvo tiempo, por consiguiente, de precipitarse a abrazar al sentenciado, pero aprovechó aquel acto para decirle al oído con rápido y claro acento, del que no perdió don Diego ni siquiera una sílaba, estas palabras misteriosas:

-¡Valor!, mañana os traeré un regalo del cual espero mucho.

Dicho esto, dio el pésame al cacique en alta voz, y saliendo del calabozo, acompañado del alcaide, preguntó a éste si le permitía -según era acostumbrado hacerlo con los reos en capilla- obsequiar al día siguiente a don Diego con algunos manjares succulentos, que le prestasen fuerzas para el trance terrible.

-No tengo ninguna orden en contrario -respondió el interrogado-; podéis, pues, ejecutar vuestro caritativo deseo; mas sin poner en olvido que mañana es viernes, día de vigilia, y no parece bien darle carne por alimento a quien va a comparecer delante de Dios el sábado, para rendirle cuenta de sus fallas.

-Os estimo la advertencia -repuso Roldán-; pero como creo que nada fortifica tanto como la sustancia animal, traeré a don Diego dos pasteles; uno de pescado, para que se le sirva mañana; y otro de carne, que podrá comer cuando haya pasado la mitad de la noche.

-Sea en buena hora -dijo el alcaide despidiéndole a la puerta-; de todas maneras, me parece que poco apetito ha de tener el pobre mozo para aprovecharse de vuestras previsoras liberalidades.

Las palabras del ex alguacil agitaron toda la noche, con devorante insomnio, la mente de don Diego de Torres. El débil rayo de esperanza que de improviso penetraba en su alma, le trastornaba de tal modo que, por más que discurría, formando multitud de conjeturas extrañas, no alcanzaba a encontrar ninguna racional, para prestarle suficiente asidero al empeño con que procuraba persuadirse de no ser su salvación imposible.

En aquellas horas de soledad, en las cuales podía descargarse de la aparente calma, impuesta cuando se hallaba a presencia de testigos por su orgullo de hombre y de príncipe, entregábase la pobre víctima a todo el natural sentimiento que le dominaba. Pesábale morir, porque se sentía joven, amante y amado..., porque le halagaba la vida pocas semanas antes, y aun podría volver a embriagarle con sus delicias durante larga serie de venturosos años..., porque su conciencia le daba testimonio de que, no obstante devaneos juveniles, jamás se había manchado con ningún crimen odioso, digno de aquel

castigo..., porque abrigaba, en fin, la noble ambición de poder algún día servir y honrar a su patria. Pesábale morir, repetimos, y le pesaba demasiado para que las oscuras indicaciones de Roldán se le apartasen un punto de la mente, permitiéndole reposo, ni bastasen, sin embargo, para prestar fundamento a ninguna justificable esperanza.

La fiebre que lo devoraba no se había calmado aún, cuando presentándose el alcaide en su calabozo, le anunció la salida del sol y la llegada del sacerdote que venía a prepararle cristianamente para su fin cercano.

Este brusco llamamiento a la realidad positiva de su tristísima situación arrancó a don Diego de sus agitadoras cavilaciones, y, como era religioso de veras, mandó entrar inmediatamente al ministro de Dios, procurando concentrar todas sus facultades para disponerse al cumplimiento de sus postreros deberes.

Así fue. Algunas horas más tarde había recibido cuantos auxilios brinda la católica Iglesia a los hijos de quienes mira en tan graves circunstancias, y suplicaba al alcaide no permitiese aquel día la afluencia de gente que le distrajo durante el anterior, pues deseaba pasar en recogimiento las últimas horas que le restaban en la tierra.

-¿Negaré también entrada -preguntó el alcaide- al obsequioso Juan Roldán, que quiere regalaros vuestra comida de despedida?

Estremecióse el cacique al recuerdo que se le hacía de una tan dulce como vaga esperanza, y respondió suspirando:

-Bien; veré a Roldán, aunque harto comprendo que sólo es en la muerte en lo que pensar debo.

VIII

A la hora precisa de servirse la comida al preso, apareció Roldán con su anunciado regalo, que consistía, según había dicho al alcaide la noche antes, en dos pasteles de diversos tamaños, pero igualmente apetitosos por su aspecto.

Púsolos por sí mismo sobre la mesa, diciendo al indicar el de menos volumen:

-De este puede comer vuestra merced sin escrúpulo alguno, pues no faltará a la vigilia; en cuanto al mayor, déjelo, si gusta, para su última cena, que supongo hará bastante tarde.

Fijó don Diego los ojos en el gran pastel, comprendiendo que allí era donde se encerraba el misterio, pero como se hallase presente el alcaide, tomó prontamente el más pequeño y lo partió invitando a los testigos de dicha operación para que le acompañasen a hacerle los honores.

Aceptaron el alcaide y el ex alguacil, remojando el primero la comida con tan frecuentes libaciones, que, cuando los tres dejaron la mesa, pudo notar don Diego el efecto de aquéllas, pues comenzaba a hacerse hartó visible.

Guardó entonces cuidadosamente, es decir, en el sitio más recóndito y oscuro de su calabozo, el enorme plato destinado a su cena, y esperó con ansiedad la noche, que por cierto anunciaba, en lo encapotado que se iba poniendo el cielo, y en los relámpagos que de vez en cuando parecían incendiarlo, sería probablemente lóbrega y tempestuosa.

Varios señores de Santa Fe y de Tunja, ligados a don Diego con particular amistad, le prestaron compañía, lo mismo que Roldán, hasta la llegada de las nocturnas sombras, pues entonces -tanto por el aspecto amenazador del firmamento, como por la impaciencia que mostraba el alcaide deseoso de irse a dormir la borrachera, contra la cual estaba luchando en balde- las visitas se retiraron sucesivamente, no sin verter lágrimas sinceras al dar al cacique los abrazos que juzgaban postreros.

Roldán se despidió después de todos; pero éste, en vez de llorar, dejó transparentar en su rostro tal expresión de brío y de confianza, que hubo de sentir don Diego comunicársele, como por magnetismo, aquellas animadoras impresiones.

Luego se quedó completamente solo, pues el alcaide se dio prisa a girar su última visita a los presos, para tenderse cuanto antes en su mullida cama, cerró su puerta don Diego con agitada mano, y levantó, palpitándole el pecho, la densa cubierta del pastelón misterioso, que acaso encerraba su vida y su libertad.

Efectivamente, presentáronse a su vista varias herramientas escogidas con acierto para el objeto a que se las destinaba y entre ellas un billete de Roldán, diciendo:

Limad, sin pérdida de tiempo, la cadena que os sujeta; luego trabajad por dentro, mientras yo haré lo mismo por fuera, para arrancar los hierros y dilatar el hueco de la ventanilla que presta luz al calabozo; una vez conseguido esto, que será fácil, porque la oscuridad de la noche debe ostentarse profunda, la misma escala de que haré uso para llegar a la altura de la reja, os dará auxilio para descender sin trabajo. Animo y actividad. Dios está con nosotros.

Don Diego cumplió exactamente las anteriores indicaciones, y la noche, justificando por completo los presentimientos de Roldán, desplegó sobre la tierra tan tenebroso manto, que muy en breve todo fue silencio y soledad en torno de los muros de la cárcel, sin que volviera a oírse ni la más leve pisada de importuno transeúnte.

Sin embargo, la emoción del cacique en aquellos instantes, y la zozobra que le agitaba, recelando a cada paso ver aparecer al alcaide, hacían que el trabajo emprendido en tales disposiciones progresase con harta lentitud para el ansia inmensa de su corazón impaciente.

Por dos veces tiró las herramientas, de que no acertaba a servirse con la destreza necesaria, y por dos veces también, sintiendo los ligeros golpes dados por Roldán en la reja, y viéndose todavía enlazado por los rudos eslabones de la cadena, la sacudió desesperado, con furor tan violento que ensangrentó sus carnes con el áspero roce de los hierros.

Don Juan Bautista Monzón también velaba en su casa, en medio de la ansiedad más penosa. Desde temprano había hecho se recogiese toda su servidumbre, quedándose sin otra compañía que un sobrino suyo, mozo discreto y decidido, a quien otorgaba toda su confianza.

Brioso corcel, enjaezado, aguardaba piafando en la caballeriza; traje completo de indio de las llanuras de Tunja colgaba de una especie de percha; y un par de pistolas de dos cañones, y una aguda partesana de tres filos, se veían encima de la mesa, del mismo despacho donde el visitador se paseaba inquieto, contando las horas de aquella noche que le parecía marchar con lentitud desusada.

De vez en cuando entreabría la ventana que daba sobre la plaza, y levantando los ojos al cielo, en el cual no brillaba ni una estrella solitaria, y del que se desprendía a intervalos menuda lluvia, acompañada de sordos truenos y de silbidos del viento, murmuraba plegarias fervorosas a favor del mísero príncipe, cuya vida o muerte se estaban jugando al azar en aquellos momentos.

Duraba la expectativa angustiada desde las nueve de la noche, y habían sonado las doce, sin el menor indicio de que pudiera pronto terminarse.

-Mucho temo, señor -dijo a don Juan Bautista su sobrino-, que el bueno de Roldán se las haya pintado hartos felices, seducido por la viveza de su imaginación fecunda.

-No lo quiera Dios -contestó el visitador, dejándose caer en un sillón, rendido por el movimiento continuo en que había estado tres horas-; es necesario creer que la justicia divina no ha de permitir se consuma la más vil iniquidad; pero a pesar de asistirme esta convicción, confieso que crecen por momentos mis inquietudes, pareciéndome que esta noche, tan lóbrega y tan triste, más bien que protectora de la evasión de don Diego, es como anuncio luctuoso de su inevitable muerte.

-No tengo miedo por él solo -repuso su interlocutor-, sino que me espanta la idea de que la perversidad de don Alonso de Orozco no ha de contentarse con una víctima. Sabed, no faltan audaces que propalen, con aire de reserva, ser prueba del grande miramiento que la Audiencia quiere tener por vos, el que no suene ya vuestro nombre como comprometido en el proceso del cacique.

-Reconozco que son capaces de todo mis sañosos enemigos, pero lo absurdo de semejante acusación no puede escaparse a la claridad de su entendimiento. Nada receléis en ese punto, y como logremos salvar al pobre don Diego, espero con toda seguridad que hallará

en España la protección que merece, y sus calumniadores y los míos el castigo que dicta la justicia.

Cuando acababa el visitador de pronunciar estas palabras, parecióle percibir algún rumor en la plaza, y levantándose lleno de esperanzas, corrió con su sobrino a la ventana.

La lobretez era tal, que nada podía distinguirse, pero prestando atento oído a la voz de un hombre que se acercaba hablando con otros, pudieron comprender tío y sobrino, estremeciéndose de horror, que aquellos individuos, que pasaban delante de su ventana, eran los operarios que dejaban levantado el patíbulo para el cacique, y se retiraban charlando de ello tranquilamente a sus casas.

La campana de la próxima iglesia daba entonces la una... Había pasado la primera hora del fatal sábado, cuya luz al nacer debía alumbrar la ejecución de don Diego.

A esta idea aterradora se sintió desfallecer Monzón, y hasta su joven deudo no pudo reprimir la siguiente exclamación:

-¡Me parece que todo está perdido!

Siguióse largo intervalo de pavoroso silencio; pero de pronto ligerísimo aunque perceptible golpe, sonó en la reja de la ventana, y precipitándose a ella los dos hombres que con ansiedad velaban, oyeron la conocida voz de Roldán articular estas breves y elocuentes palabras:

-Aquí estamos.

Corrió el joven a abrir la puerta a los recién venidos, y no tardó don Juan Bautista en ver delante de sí al ex alguacil triunfante, quien presentándole su conquista, le dijo con su habitual desenfado:

-Hele aquí, que viene para pagarle a vuestra señoría el abrazo que me adelantó generoso.

Largo y tierno, sin duda, fue aquel abrazo dado por el anciano magistrado al joven príncipe su amigo; mas no lo fue menos el que repitió al libertador de éste, arrancando de aquel corazón, tan entero como agradecido, una lágrima de enternecimiento.

Era, empero, preciso no detenerse en demostraciones afectuosas; el tiempo urgía demasiado.

Don Diego fue revestido con prontitud de su disfraz de indio campesino; don Juan Bautista le dio en pocas palabras los consejos e instrucciones que juzgó convenientes; su joven deudo le armó de partesana y pistolas; Roldán trajo por sí mismo de la caballeriza el ligero corcel destinado a alejarlo rápidamente de los sitios que podían serle peligrosos; y el cacique, llorando de júbilo y de reconocimiento inefable, los estrechó uno a uno entre sus brazos, pidió al venerable anciano su bendición de hombre justo, y plantándose, con su acostumbrada gallardía, en la montura que le aguardaba, emprendió carrera tan veloz,

que aún no habían cesado casi los tiernos adioses repetidos desde la ventana, y ya no percibían los oídos del visitador y de sus compañeros, ni un leve rumor del ruido que producían las herraduras del caballo sobre el pedregoso pavimento.

IX

Renunciamos a expresar la frenética cólera del fiscal cuando, a la hora señalada para el suplicio de su víctima, supo con evidencia que se le había escapado.

Desde luego, comprenderá el lector la actividad que desplegaría para despachar en todas direcciones requisitorias y agentes, a fin de que se buscara y detuviera al reo en cualquiera parte donde se hubiese refugiado, no siendo menor su diligencia para inquirir quién había cooperado a su fuga, facilitándole las herramientas de que se sirvió al efecto.

Respecto a lo primero, nada alcanzaron todas las pesquisas, pues nadie dio la más pequeña luz sobre el camino tomado por el fugitivo, ni del sitio en que pudiera ocultarse, pero por desgracia de Roldán no fue tan difícil la averiguación de lo segundo.

El enorme pastel encontrado en el calabozo sin su cubierta de masa, ostentaba en lo interior señales evidentes de los instrumentos que había encerrado, y el alcaide declaró, con todos sus detalles, por quién y de qué manera había llegado aquel regalo a las manos de don Diego.

Dictóse, por consiguiente, auto de prisión contra el alguacil cesante, y como en vez de buscarse escondite aquel hombre singular -paseaba la ufanía de su triunfo por los sitios más públicos- sucedió que, pocas horas después de haber sacado de la cárcel a su protegido, se vio ocupando aquel puesto que hizo quedar vacante.

A medida que pasaba tiempo sin producir fruto sus disposiciones para descubrir a don Diego, iba adquiriendo mayor fuerza la sospecha concebida por don Alonso desde el principio, de que don Juan Bautista Monzón había sido secreto motor del hecho que tuvo a Roldán por instrumento, dirigiendo, por tanto, todos los procedimientos del proceso formado a éste, de la manera más hábil para hacer resaltar aquella complicidad, cuyas pruebas acaso podrían consolarle de ver frustrada su primera venganza.

El ex alguacil era demasiado sagaz para que se le oscurecieran las intenciones del rencoroso togado, en las arterías y argucias de que lo cercaba mientras se sumariaba su causa, y no fue posible sacarle la menor palabra que comprometiera a Monzón, si bien confesó plenamente haber favorecido la fuga del cacique, por estar convencido de su inocencia y profesarle particular cariño.

Conociendo al cabo el fiscal que se le retardaba la hora de poder descargar en el venerable anciano la furia de que se había escapado el joven príncipe, dirigióla toda

contra el infeliz Roldán, a quien se mandó someter a la cuestión del tormento, presenciándola el mismo don Alonso.

De todas las barbaries de aquel tiempo que la civilización ha ido poco a poco desterrando, ninguna nos ha parecido nunca tan brutal y repugnante como la llamada cuestión del tormento.

Distamos mucho de ser partidarios de la pena de muerte, mas comprendemos que haya podido, y aún pueda, parecer a muchos una necesidad inexorable, pues confesamos la existencia de ciertas perversidades, innatas y profundas, que parecen alejar toda esperanza de regeneración futura, pero la cuestión del tormento no se presta a ningún género de disculpa, porque no obedece a ninguna razón de conveniencia social. Ese refinamiento de crueldad, ideando medios para producir el dolor físico hasta hacerlo irresistible, y pretendiendo arrancar en los gritos desgarradores de la trastornada víctima la serena voz de la verdad, es la más absurda de las demencias, la más inútil de las ferocidades. Se hace, por tanto, inverosímil que semejante inspiración del infierno haya podido dominar los primeros fervorosos siglos del cristianismo; haya osado querer amalgamarse con el espíritu sublime del Evangelio.

No intentamos afectar el ánimo del lector describiéndole aquí, con sus horribles detalles, la tortura atroz de la garrucha, que tuvo que sufrir nuestro pobre Roldán; diremos solamente que, aunque levantado a considerable altura por la cuerda que le sujetaba los puños, y llevando en cada uno de los pies un peso de sesenta libras de hierro, no flaqueó ni un instante la entereza de aquel corazón viril; antes por el contrario, cuando, en lo más fuerte del dolor, clamó porque lo bajasen, ofreciendo decir toda la verdad de cuanto había pasado, supo aprovechar audazmente la atención con que lo escuchaban los circunstantes, y en particular el escribano público, para hacer las inesperadas declaraciones siguientes:

-Puesto que se me obliga a expresar sin rebozo cuanto sepa, aunque para ello me sea necesario aludir a personas dignas de respeto, voy a complacer al tribunal con una exposición sencilla y exacta de los sucesos ocurridos. Declaro primeramente que ha sido de todo punto falso el vociferado alzamiento, pues, según noticias recientes, que reputo fidedignas, don Diego de Torres, lejos de ocuparse en fraguar conspiraciones, estaba consagrado exclusivamente a una joven dama, muy conocida de su señoría el fiscal don Alonso de Orozco, quien fue a visitarla, no hace mucho, a su destierro de Turmequé, donde tuvo ocasión de convencerse de la verdad de mi aserto. Declaro asimismo que he creído prestar servicio a la Real Audiencia facilitando la evasión del sentenciado, tanto por evitarle el remordimiento que la asaltaría cuando llegase a entender tardíamente la inocencia del supuesto reo, cuanto por impedir en lo posible se exaltase más en los ánimos el odio contra el señor fiscal, de quien se aseguraba, calumniándolo, que por celos y envidia había fraguado contra el cacique una trama verdaderamente satánica.

-¡Basta! -gritó a este punto mordiéndose los labios el personaje aludido-, continúese la ejecución de lo acordado, y que no escriba el secretario las insolentes necedades que ha pronunciado ese hombre.

El vizcaíno Alvis, al cual se dirigía la última orden, miró de alto a bajo a quien la pronunció, como quien examina un objeto merecedor de estudio, y respondió gravemente: -«Secretario del rey tiene que ser siempre secretario fiel.» Diga Roldán lo que guste; que yo juro escribirlo sin omitir una tilde.

-Pues bien -añadió entonces el ex alguacil, más envalentonado con la firmeza del secretario-, ponga vuestra merced, señor de Alvis, que recuso al señor fiscal don Alonso de Orozco porque, según proclama la voz pública, no puede su señoría juzgar con imparcialidad nada que esté relacionado con don Juan Bautista Monzón y con don Diego de Torres, porque el uno, a pedimento de la mujer legítima, que se veía abandonada, desterró de Santa Fe a la que designaba por rival, y el otro tuvo la buena o la mala suerte de que dicha señora desterrada lo escogiese para suplantar en su corazón al antiguo amante, de quien parece se encontraba cansada.

Armóse tal alboroto en la sala del tormento al escuchar las anteriores palabras, que durante algunos minutos fue imposible restablecer el orden para que se pudiese entender lo que cada uno reclamaba.

Furibundo don Alonso, exigía a gritos se continuase la tortura de aquel reo insolente y escandaloso, mientras el oidor Zorrilla, presente también, reforzando las voces de su amigo, apostrofaba a Roldán con amenazas e improperios; y que el secretario, pidiendo desafortadamente calma y dignidad, contribuía a turbar la primera, perdiendo él mismo la segunda. Sólo el paciente se conservaba sereno, aunque sus sangrientos y descoyuntados puños estuviesen delatando los terribles dolores que sufría.

-¡A la garrucha! ¡A la garrucha otra vez! -fueron últimamente los clamores que, dominando a los otros, se hicieron oír imperiosos- ¡A la garrucha hasta que confiese quién ha sido su cómplice en la evasión facilitada al cacique!

Los ejecutores obedecieron; giró la ruda cuerda por la máquina, y el infeliz torturado fue subido rápidamente, llevando consigo las barras de ciento veinte libras de peso.

En esta ocasión, toda la fuerza del ánimo no bastó a sostener la del dolorido cuerpo.

Desencajándosele al pobre Roldán el antes sereno rostro, turbósele la mirada, brotó sanguinolenta espuma de sus convulsos labios, y, dejando caer la cabeza sobre el pecho, exhaló tan hondo gemido, que parecía que con él se le escapaba el alma.

-Este hombre se muere -dijo uno de los ejecutores, y como Zorrilla mandase soltar la cuerda, lo hicieron todos tan de pronto, que el paciente dio en tierra con tremendo golpe, que fue juzgado mortal por cuantos lo presenciaron.

Dispúsose entonces la venida de un médico, y tardándose demasiado al hallarlo, se retiraron, por fin, el fiscal y su amigo, dejando a la víctima sin conocimiento todavía y con las apariencias de cadáver.

Algunas horas después, sin embargo, y mientras el facultativo que había acudido a visitarle daba parte al Real Acuerdo de que el enfermo se hallaba muy próximo a su fin, éste, que al volver en sí se encontró solo, acostado en la cama y envuelto en una sábana mojada en vino, dio por primeras señales de vida el levantarse al punto, aunque con trabajo, por el quebrantamiento de sus miembros, y ponerse a examinar, curioso, los barrotes empleados en su tortura.

Habíanle dejado una vela encendida, de la cual se aprovechó en seguida para buscar medio de salir de aquella pieza, logrando, en efecto, proporcionarse comunicación con la inmediata; donde se hallaba otro preso de su mismo partido o bando, complicado en la supuesta conjuración del cacique, y el cual pensó mirar un fantasma cuando se le presentó de improviso, semiamortajado en el lienzo de la sábana blanca que lo envolvía, y entre la que resaltaba, a la opaca luz de la vela llevada en su diestra, la amarillez del aún desencajado semblante.

-¿Quién sois? -preguntó con sobresalto.

-Juan Roldán -respondió el interpelado-, que viene a pedirnos algo para comer, ofreciéndonos, en cambio, cuatro famosas barras de hierro para la reja de la casa de campo que estáis construyendo en Tunja.

-¡Qué escucho! -exclamó el sorprendido preso, arrojándose del lecho- ¿Ha sido, pues, falsa la noticia que me dieron, de que habíais sufrido esta tarde la cuestión del tormento, saliendo de ella expirante?

-En cuanto a lo primero -dijo el ex alguacil exhibiendo sus manos-, viendo estáis que no os han engañado; pero respecto a lo último, como me deis con qué matar el hambre, única tortura que sufro por el momento, me atrevo a aseguraros que no moriré de ésta, Dios mediante, porque aún me queda mucho que hacer por este pícaro mundo.

-Aquí tenéis bizcochos y vino -le dijo su compañero de prisión, sirviéndole él mismo lo que ofrecía.

-Me dejo servir de vos -le advirtió Roldán-, porque necesito sentarme a causa del temblor de mis piernas, pero para que el obsequio sea completo, exijo vaciéis conmigo esta botella, brindando primeramente por el rey nuestro señor don Felipe II, después por el joven cacique de Turmequé, a quien libre el cielo de volver a esta morada; y últimamente por vuestra libertad y por la mía, que serán pruebas de que por fin ha sido limpiado este hermoso y desgraciado país de la caterva de malandrines que hoy infestan su suelo y deshonoran el glorioso nombre de la madre patria.

Siguiendo los consejos del visitador, el fugitivo don Diego se guardó bien, en los primeros días que siguieron a su evasión, de presentarse en ningún puerto para facilitarse embarco para España, pues era casi seguro que, suponiéndole esta intención, hubiesen tomado las autoridades medidas perentorias para su captura en tales puntos. Hizo lo que menos debía suponerse por sus perseguidores, que fue internarse en los mismos campos de lo que fueron sus dominios, y confundido entre los indios, sus vasallos -con cuya fidelidad contaba-, dedicarse como ellos a las faenas campestres, beneficiando el terreno de que le habían despojado.

El cronista coetáneo de nuestro héroe, en su curioso libro dedicado al rey de España (y del cual nos hemos servido para esta verídica leyenda), refiere que hubo vez en que se interrogó al mismo cacique por los que le buscaban, sobre si tenían sus antiguos súbditos alguna noticia de su paradero, bastando una cabellera postiza y el disfraz que vestía, para no ser conocido, y que le dejaran «cuidar tranquilamente las labranzas de sus indios, a fin de que no se las comiesen los periquitos».

Sólo los perspicaces ojos del amor podían alcanzar el poder de descubrir, a través del cambio exterior, la identidad del rústico labrador y del elegante príncipe.

Estrella, cuya salud quebrantaron las fuertes emociones de los últimos sucesos, quiso retirarse a la campiña -después que tuvo conocimiento de la salvación de su amante- para probar si los aires puros, la soledad y el sosiego, restablecían por completo su naturaleza fatigada.

Casualidad caprichosa, o instinto inexplicable del corazón, la hizo escoger precisamente la casa de campo de una amiga suya, que estaba situada cerca de la aldeílla de indios en cuyas chozas había buscado asilo el cacique.

Se solían pasear la incomparable capitana y la amiga a cuyo lado pasaba aquella temporada campestre, en las primeras horas de las frescas tardes de otoño, tomando a veces la dirección del caserío indicado, y entre gran número de indios, encontrados comúnmente a su paso, les llamó la atención, cierto día, uno que al verlas por primera vez dejó escapar pequeño grito de sorpresa, si bien fue envuelto en seguida como para ocultarlo a sus miradas, por un tropel de trabajadores compañeros suyos.

Sin explicarse claramente el porqué, Estrella estuvo desvelada toda la noche, y a la siguiente mañana, abriendo la ventana de su aposento, se encontró depositado en ella un lucido ramillete atado con encarnada cinta, que reconoció al instante por haberle pertenecido, aunque hurto amoroso se la sustrajese cierto día.

La vista sola de aquel objeto hizo que lo adivinase todo: don Diego de Torres estaba cerca..., don Diego de Torres era el fingido labriego de cuyos labios se escapara, el día antes, al encontrarla, el grito extraño que resonó por largo tiempo en su pecho.

Aquella tarde salió la joven a paseo más temprano que de costumbre, y sin la compañía de su or medio de algún ingenioso artificio, de esos en que son tan fecundas las mujeres,

y al regresar a su morada, cualquier curioso que la hubiera observado no podría menos de admirar la expresión de salud, de contento y de ufanía que brillaba de nuevo en su peregrino semblante.

Era fácil comprender, con sólo verla, que se hallaba de nuevo en posesión del objeto amado, por quien tanto había tenido que temer y sufrir durante largas semanas.

En sus sucesivas excursiones pedestres, siempre que lograba hacerlas sola o sin otra compañía que la de su fiel negra, regresaba comúnmente bastante tarde, y tan satisfecha, al parecer, que la amiga que la hospedaba no podía menos de asombrarse de aquella complacencia, extraordinaria y constante, que hallaba su huésped en contemplar las labranzas de los indígenas.

No era llegada aún para el amor de Estrella hacia el cacique la época de decadencia; antes al contrario, prestábanle de exaltación y poesía todas las circunstancias que lo acompañaban.

Las calumnias y persecuciones de que había sido blanco don Diego; su sentencia de muerte, dictada por los celos de un rival aborrecible; los peligros que aún corría en aquellos campos patrimoniales, en los que se hallaba acogido por la piedad de los que eran sus naturales vasallos; la casualidad o el destino, que le había reunido allí con la que tantos infortunios le atrajera con su amor; las misteriosas citas en el fondo de una cabaña india, guardada por la fidelidad de hombres semisalvajes; la imposibilidad misma de prolongar aquella situación, llena a la vez de inquietudes acerbas y de embriagadoras delicias..., todo parecía concertado a propósito para enardecer la mente de una mujer novelesca y ávida siempre de nuevas impresiones.

Pero mientras ella representaba con entusiasmo loco aquellas interesantes escenas del drama secreto de su vida, el desenlace, todavía ignorado, que la Providencia le señalaba, se iba preparando silenciosamente por el actor que hasta entonces habla figurado menos.

Las declaraciones de Roldán en el tormento, trascendiendo al público, despertaron de nuevo poderosamente a la maledicencia. Todos hablaban de los celos del fiscal y de los nuevos amores de la capitana; todos referían hechos descubiertos, o inventados, para hacer más digna de execración y desprecio a la liviana mujer causa de tantas revueltas y desgracias; todos ponderaban la estúpida ceguedad o la inconcebible indiferencia del deshonorado marido, y los mayores amigos de éste fueron los primeros en darle muestras de un desvío, que si al principio sólo le causó extrañeza, le produjo bien pronto largas y tormentosas cavilaciones.

Habíase quedado en Turmequé cuando se retiró Estrella a la campiña, pero tan insoportable llegó a hacerse el ostensible alejamiento de cuantas personas frecuentaban antes su trato; de tal naturaleza fueron las sospechas que empezaron a asaltarle, por palabras sueltas cogidas aquí y allá en los corrillos a que se aproximaba, y que solían deshacerse a su llegada, que al cabo de algunos días resolvió salir a toda costa de tan cruel incertidumbre.

Una vez despertados en su mente celos terribles sobre la conducta de su mujer, veníansele a la memoria recuerdos de circunstancias que pasaron inadvertidas, pero que adquirirían de repente toda la fuerza de datos acusadores, y aunque no acertaba todavía a comprender toda la extensión del ridículo que llevaba encima, la sospecha sola de que intentaban imponérselo, bastaba para herirle mortalmente en lo más íntimo de su delicado pundonor.

Don Diego, por su parte, no se adormecía tanto esta vez en brazos de su fortuna amorosa, que descuidara el hacer practicar diligencias activas a fin de facilitarse modo seguro de embarcarse en Cartagena con dirección a España. Hubiera sido peligroso intentarlo en los primeros días de su evasión, pero el tiempo transcurrido ya era suficiente para que pudiera creerse menos perseguido y expuesto, y sólo esperaba aviso de algún buque que se diese a la vela, para abandonar su asilo y gozar verdaderamente la libertad conquistada.

El capitán, marido de Estrella, acertó casualmente a presentarse en la casa de campo en que ésta se hospedaba, el mismo día en que los dos amantes acababan de darse los más tiernos adioses, partiendo él para Cartagena y quedando ella llena de tristeza, ansiando prontas noticias de haberse felizmente embarcado.

El capitán llegó pensativo y sombrío; la capitana le recibió sorprendida y turbada. Por más que el uno y la otra se esforzaran por disimular sus secretos sentimientos, ni ella pudo desconocer que su marido venía preocupado de alguna idea penosa, ni a él se le ocultó un momento que su mujer se hallaba agitada por algún recelo misterioso.

Había, empero, una diferencia notable, y es que la esposa más pensaba en el amante que observaba al marido, y que éste no dejaba un instante de acechar, por decirlo así, cada uno de los movimientos y de las impresiones de aquélla.

De este modo, cuando la negra, confidenta de nuestra heroína, obedeciendo a un encargo recibido de ella, vino, pocos días después, a entregarla secretamente un pequeño escrito, en que el cacique la comunicaba haberse embarcado sin contratiempo y darse al mar en seguida, la emoción gozosa de la enamorada dama no pudo ocultársele al observador capitán, así como tampoco ni el más pequeño fragmento del pliego que su mujer, apenas leído, había con una tijera menudamente cortado.

No le fue posible en verdad, por más que trabajó para coordinar los esparcidos trozos, tomar conocimiento del sentido de las palabras que contenían, pero dos cosas quedaron desde aquel momento para él fuera de toda duda: la primera, que su mujer tenía un amante, de quien había recibido favorables noticias aquel día..., otra, que la esclava negra era sabedora de todos los secretos de su ama.

Fue entonces instantánea la resolución del capitán. Manifestó a Estrella que siendo ya tiempo de que regresara a Turmequé, y estando la casa que allí habitaban en el desorden consiguiente a la ausencia suya y al descuido de militar poco avezado a las incumbencias

domésticas, creía conveniente adelantarse él con la esclava, para que, cuando ella tornase a su hogar, lo hallara todo en disposición de recibirla dignamente.

En consecuencia, la joven permaneció algunos días más con su amiga, en completa libertad para ir a contemplar amorosa los sitios de sus últimas entrevistas con el cacique, y de la tierna despedida en que se habían jurado mutuamente no olvidarse jamás, y el capitán partió para Turmequé, llevándose a la negra, resuelto a arrancarle a todo trance los secretos de que era depositaria.

XI

Al regresar el marido de Estrella a Turmequé, corrían en dicha población nuevas escandalosas noticias de sucesos ocurridos en la capital del reino. El fiscal parecía realizar, con la enormidad de los desmanes a que se abandonaba, el popular aserto de que ciega Dios al que debe perderse.

No había conseguido, ni con torturas, ni con amenazas de muerte, ni con promesas de galardones, arrancarle al impertérrito Roldán nada que le diese luz sobre el paradero del cacique, ni nada tampoco en que pudiese apoyar las acusaciones de complicidad en que quería envolver al visitador respecto al supuesto delito de aquel personaje, pero, en cambio, logró al cabo ganarse a un criado infiel, que prestara testimonio de las íntimas relaciones del reo fugitivo con el severo magistrado, y de que había estado el primero en la casa del segundo, apenas escapado de la prisión, para proveerse de armas y de caballo con que emprender la fuga.

Sobre estos datos aglomeró el fiscal otros, hábilmente combinados por su ingenio, no vacilando después de instruir proceso en forma, dirigido a hacer evidente la criminalidad del alto funcionario contra quien dirigía entonces los tiros de su saña.

Comprendiendo Monzón lo que se fraguaba en su daño, resolvió, con aprobación del cabildo de regidores, y del arzobispo y alto clero, a quienes consultó, anticipar un golpe decisivo, suspendiendo a toda la Real Audiencia, pero antes de que el auto se hubiese firmado, la actividad de don Alonso le ganó de mano, y vio, con tanta sorpresa como indignación, asaltada su casa en mitad del día por alguaciles y hombres de armas, capitaneándolos el capitán del Sello y el mismo fiscal Orozco, que venían a prenderle, según disposición del Real Acuerdo.

El joven sobrino del visitador, su compañero de velada la noche de la evasión del cacique, les salió al encuentro, desarmado, y dirigiéndose al capitán, le dijo únicamente:

-¿Qué significa esto? ¿Quién ha ordenado semejante traición y villanía?

A cuyas palabras contestó el interpelado:

-Aquí no hay más traidores que vosotros -apuntándole al mismo tiempo con una pistola, que por fortuna se negó a hacer fuego, pero con la cual dio al mancebo tan tremendo golpe entre ceja y ceja, que lo tendió a sus pies sin conocimiento.

En los mismos instantes, según refiere la crónica, se trababan a cuchilladas en el patio los alguaciles de la Audiencia y los criados del visitador, hasta que interponiéndose la fuerza armada, tuvieron que ceder los últimos, no sin haber antes sellado en la tierra con su sangre el testimonio de fidelidad que daban a su señor.

Éste, mientras tanto, se presentó indignado a sus enemigos, protestando enérgicamente contra el inaudito atropello que se intentaba cometer en su persona, pero el fiscal, sordo a todas las razones, mandó echarle mano sin tardanza, y así lo ejecutaron sus secuaces.

Asiéronle de piernas y brazos [dice el cronista], levantáronle en peso, y echaron a andar por la escalera abajo, y como al descender fuese colgando hacia atrás la cabeza de don Juan Bautista, un buen hidalgo de Tunja, que se hallaba allí atraído por el tumulto sostúvole la cabeza con sus dos manos; pero habiéndosele deslizado en los últimos tramos, por querer cuidarse de la espada que llevaba debajo del brazo, llevó tan grande golpe el pobre visitador, que se quedó desmayado. Al hidalgo de Tunja le costó el comedimiento de haberle sostenido algunos minutos la cabeza, mil quinientos pesos de multa.

Con la prisión del anciano y digno magistrado no se dio por satisfecha la venganza del fiscal; había ido muy lejos, para retroceder o estacionarse. «Los muertos no hablan» decía a su amigo Zorrilla, indicando de este modo, asaz claramente, lo que faltaba por hacer si querían ponerse a cubierto, después de tales desmanes, de la justicia del rey, a quien tarde o temprano le serían conocidos.

Intentóse, por tanto, envenenar al preso, pero adivinándolo éste, no comía otra cosa que lo que le llevaba, dentro de las mangas de su hábito, cierto fraile de San Francisco, amigo y confesor suyo, que le visitaba con frecuencia.

Pensóse también ahorcarle en la cárcel, haciendo creer que se había suicidado en un momento de despecho furioso, pero llegando a entenderlo los regidores, se juntaron en cabildo, y redactaron una petición al Real Acuerdo, a fin de que se les hiciese depositarios de la persona del visitador Monzón, para lo cual ofrecían fianzas suficientes, respondiendo de que lo entregarían cuando llegara el caso, pues sólo pretendían salvarle la vida de asechanzas alevosas, y no sustraerle al fallo que dictase la justicia.

El arzobispo, por su parte, acompañándole en este empeño todos los prebendados, se presentó, asimismo, al Real Acuerdo, reclamando se pusiesen guardias de vista responsables de la vida del visitador, a quien se decía de público trababan de asesinar cobardemente algunos de sus enemigos, y, a despecho del fiscal, la Audiencia tuvo que atender a tan respetables peticiones, dictando medidas bastantes para impedir los atentados que se temían y anunciaban.

De este modo quedó a salvo de la venganza, que quería darle el postrer golpe, uno de los personajes más notables de cuantos figuran en esta breve historia, y declaramos con entera verdad, aunque se nos acusa de tendencias grandes hacia lo trágico, y aunque reconocemos que nos place hacer patente en nuestras obras la ineludible ley de las expiaciones, declaramos, repito, sentir vivos deseos en la ocasión presente, de poder decir lo mismo que de aquél, de la incomparable Estrella, sobre cuya luz vimos extenderse al final del anterior capítulo cierta nube tempestuosa.

El deber que nos hemos impuesto, sin embargo, de no alterar la exactitud de los hechos, nos obliga a confesar que no tuvo la esclava negra el heroico sufrimiento que ostentó Roldán en la tortura, pues declaró plenamente, bajo los golpes del látigo, cuantos secretos le eran conocidos por la confianza que en ella tenía la imprevisora capitana.

La crónica refiere, sin salir garante de que sean ciertos todos los pormenores del suceso, que el ofendido esposo, una vez enterado de toda la extensión de su desgracia, hizo venir a Estrella a Turmequé, donde no se hallaba ya su confidente a quien se alejó de allí bajo especioso pretexto.

Nada hubo de alarmante en la manera con que recibió a la querida del cacique el marido conecedor de sus faltas. La casa que habitaban había sido convenientemente dispuesta para las comodidades de la elegante joven; perfumaban su nupcial aposento ramos de las últimas flores otoñales, pagadas a alto precio; cantaban sus pájaros favoritos en nuevas jaulas doradas, vestidas con festones de campanillas matizadas; y la nueva camarera que debía servirla durante la ausencia de la esclava negra, se engalanó extraordinariamente, por orden del amo, para presentarse a la señora con agradable aspecto..., todo, en una palabra, parecía demostrar que el capitán era, como siempre, el fino y amante esposo de la célebre beldad de cuya posesión se ufanaba.

Estrella sólo pudo notar con extrañeza la carencia de visitas de bienvenida, que la costumbre la autorizaba a esperar, y se quejó de seguida a su cónyuge de tan inexplicable aislamiento.

-Tiene mucha disculpa, a mi juicio -le respondió el capitán con la mayor naturalidad posible-; todo el mundo está disgustado en estos días por los tristes sucesos ocurridos.

-También me afecta la prisión del pobre don Juan Bautista -repuso la dama-, pero no creo que deba ser motivo suficiente para faltar las gentes de Turmequé a los usuales deberes de cortesía.

-¿Ignoráis -preguntó el marido, clavando la vista en el semblante de su interlocutora- que corren otras noticias más tristes para este pueblo que el encarcelamiento del juez visitador?

-¿Cuáles son esas noticias? Nada he sabido, sino los atropellos contra Monzón -dijo Estrella.

-Pues no se habla hoy de otra cosa -pronunció el marido, soltando una mentira, al parecer meditada de antemano-, sino de la desgracia de nuestro joven amigo el cacique don Diego, quien después de tener la fortuna de escaparse de manos del verdugo, ha hallado la muerte entre las olas, porque se asegura el naufragio del bergantín en que se embarcó ha pocos días con dirección a España.

Estrella se esforzó en vano por conservar aplomo y firmeza. El capitán, que no apartaba de su rostro la escrutadora mirada, viola palidecer, estremecerse, y sucumbir al cabo de la impresión del nuevo e inesperado golpe, cayendo en completo síncope.

Estaba, sin embargo, tan bella, caída a los pies del marido, blanca e inanimada como estatua de alabastro -obra maestra de cincel inspirado-, y las madejas de oro de sus profusos cabellos semivelaban con tan poética gracia aquellas facciones admirablemente armónicas, que el causante del daño, al contemplarla cruzado de brazos durante algunos minutos, acabó por conmovirse a su despecho, pues hizo llamar al médico que la socorriese con urgencia.

El esculapio ordenó inmediatamente sangrarla, y, conociendo la costumbre seguida en tales accidentes, el marido lo había previsto, sin duda, pues todo estaba preparado para que se cumpliese sin el menor retardo la prescripción facultativa.

Picóse, pues, la vena en uno de los hermosos brazos de la paciente, sin embargo de que empezaba a recobrar los sentidos, y la vista de la sangre debió causar tan irresistible impresión en el ánimo del esposo, que apenas la vio brotar, dióse prisa a poner sobre la herida el pulgar de su diestra, exclamando que no tenía vaor para permitir continuase corriendo aquella sangre preciosa, que le era tan querida.

El cirujano, obediente, vendó en seguida el brazo de la joven, y -¡cosa extraña!- pocos instantes después de su dolencia, cambiando de carácter, presentó síntomas terribles e inexplicables para el médico.

Consternado, al parecer, el capitán no se daba cuenta de lo que estaba pasando, pero la enferma, sintiendo que la muerte discurría por sus venas con rapidez asombrosa, pidió ansiosamente los auxilios espirituales.

Fue complacido su religioso afán: confesóse con penitentes disposiciones, recibió de seguida el santo viático, y en un momento de conversación a solas que tuvo después con su marido, se asegura que le pidió perdón llena de arrepentimiento profundo, y que lo alcanzó de veras.

Al día siguiente no existía ya aquella mujer bellísima, cuya desgracia repentina trocó en compasión en simpatía las maledicciones públicas.

La voz general acusaba al capitán de haberle introducido en las venas, al cubrir con su dedo la isura de la sangría, un veneno sutilísimo conocido en el país, y que puesto en el más ligero contacto on la sangre la descompone toda en pocas horas, llegando a

difundirse de tal modo la sospecha del indicado crimen, que el capitán fue preso, y abrióse sumaria en averiguación de la verdad de los echos.

No estaba extinguida en el pecho del fiscal la frenética pasión que le inspiraba Estrella, y acaso lo hubiera pasado mal el vengativo esposo si posteriores acontecimientos -que serán asunto del siguiente capítulo, último de esta historia- no hubiesen producido trastorno completo en el curso de las cosas asadas.

XII

Llegadas a España las noticias de los escándalos de que dejamos hecha sucinta relación, rocedióse, como era consiguiente, al nombramiento de nuevo visitador y nuevos oidores, los cuales, on grande júbilo del país, llegaron felizmente a las playas americanas, para poner término a una ituación insoportable.

El mismo día en que los nuevos funcionarios fueron recibidos con públicos festejos en la ciudad de anta Fe, cansada de agitaciones y alborotos, pasó el señor Prieto de Orellana a la prisión de su ntecesor don Juan Bautista, para ponerle en libertad y desagraviarle, con las mayores emostraciones de deferencia y respeto.

Tan grande fue el gentío agolpado al paso del respetable Monzón, que, según refiere el cronista, o pudo entrar en la iglesia mayor, adonde se dirigió para rendir gracias al cielo, impidiéndoselo la uchedumbre jubilosa, que por todas partes lo cercaba.

Algunos días después se abrieron también las puertas de la cárcel para Roldán y cuantos fueron omplicados en el fingido alzamiento; y no pasó mucho tiempo tampoco sin que se satisficiese por ompleto la pública vindicta, residenciándose al fiscal Orozco y a su amigo el licenciado Zorrilla, los uales fueron embarcados para Castilla en calidad de presos, cabiéndoles, además, el sentimiento de aber que partía al mismo tiempo que ellos, llevándose a Roldán, y despedidos ambos por generales endiciones del pueblo, don Juan Bautista Monzón, nombrado por su majestad presidente de la Real udiencia de Lima, donde había dejado antes los recuerdos más gratos.

Comenzó a respirar el reino de la Nueva Granada, después de tantos disturbios, bajo la nueva dministración, cuya suavidad quiso ser tanta, que no bastándole haber puesto en libertad a los ncausados por intrigas de partido, hizo sobreseer hasta muchos procesos por delitos comunes, ontándose entre ellos el del capitán viudo de la infortunada Estrella.

Desde el momento en que se vio libre, sólo se ocupó éste de poner orden en sus negocios, realizado lo cual solicitó permiso de pasar a España, que le fue al fin otorgado.

Su venganza se había quedado a medias, y estaba resuelto a completarla. Érale preciso lavar del odo la mancha de su honra, siguiendo al través de los mares a los dos hombres funestos para él, y uya sangre tenía que verter su espada.

Firme en este propósito, no alcanzó a debilitarlo un momento, ni la circunstancia de haberlo tenido largos meses en el puerto de su desembarco una enfermedad peligrosa, de cuyas resultas quedó largo tiempo baldado, ni la oscuridad que parecía rodear la existencia de sus dos enemigos, de cuyo paradero pedía en vano noticias a sus corresponsales de la corte.

Tan luego le fue posible, emprendió el capitán personales diligencias para descubrir lo que necesitaba saber, y, efectivamente, llegó a su conocimiento que el primer corruptor de su infeliz onsorte se hallaba entonces en una pequeña población de la vieja Castilla.

Pasó en seguida al punto designado, y se presentó sin anunciarse en la casa en que se le dijo habitaba don Alonso.

Quiso la casualidad saliese a recibirlo la esposa del que buscaba, y al preguntarla el capitán la hora en que podría hablar reservadamente con su marido, vio, admirado, que en vez de contestarle, la señora de Orozco dejó caer de sus ojos algunas irreprimibles lágrimas, balbuceando al cabo entre sollozos:

-Señor, no os será posible tratar con mi marido de ningún asunto serio, si es eso lo que deseáis.

-¿Por qué causa, señora? -preguntó el viudo con alguna impaciencia-; puede tener tal importancia o que necesito comunicar a don Alonso, que, cualesquiera que sean sus ocupaciones presentes, se reanuda en el deber de interrumpirlas para prestarme audiencia.

-Según lo que os oigo -repuso la señora-, ignoráis, caballero, el estado de mi esposo.

-¿Cuál es, pues?

-¡Está loco!..., ¡completamente loco!... -articuló la ex fiscal, prorrumpiendo de nuevo en amarguísimo llanto...

El capitán se retiró preocupado.

-¿Por qué vengarse el hombre -se decía a sí mismo- cuando la Providencia sabe de esta maneraolver por el ofendido, castigando al ofensor?

Sin embargo de esta justísima reflexión, continuó sus diligencias para encontrar al cacique.

Durante muchas semanas hizo inútilmente, pero cierto día, visitando en Madrid las caballerizas reales, vio de pronto pasar cerca de él a un joven modestamente vestido y con aspecto macilento y triste, pero en el que se descubría, no obstante, maravillosa semejanza con don Diego de Torres.

-¿Quién es ese hombre? -preguntó al jefe de las caballerizas, que le iba acompañando.

-Es el picador de los caballos de su majestad -respondió sencillamente el interrogado.

-Se parece mucho a un conocido mío -dijo entonces el capitán, volviendo la cabeza para seguir con los ojos al objeto de la conversación.

-No sería extraño que lo hubieseis visto durante vuestra residencia en la Nueva Granada – repuso el jefe de las caballerizas-, porque habéis de saber que ese hombre era un personaje no hace mucho tiempo todavía. Hizo la calaverada de promover cierto alzamiento de indios, a cuya raza pertenece por su madre, y fue condenado a muerte por la Real Audiencia de Santa Fe. Logró, empero, escaparse, viniendo a pedir amparo a nuestro augusto soberano, quien tuvo a bien dispensárselo, y como todos sus bienes, que se dice eran cuantiosos, fueron confiscados a favor de la Real Cámara, le señaló su majestad una pensión de mil cuatrocientos cuarenta reales anuales, a condición de que se cupiese algún tiempo en adiestrar las caballerías del palacio, porque es un jinete sin segundo.

El capitán no quiso hablar ni oír más. Se despidió de su amigo, y salió de aquel sitio convencido lenamente de la exactitud de sus raciocinios al dejar la casa de don Alonso Orozco.

-Sí, sí -afirmaba en su interior, mientras el recuerdo de la muerte de Estrella sacaba una lágrima a sus párpados-, no le toca al hombre tomar venganza del hombre: hay invisible mano justiciera, que ningún delito deja impune jamás. Sólo ella sabe dónde, y cuándo, y cómo, debe descargar su azote.

¿Qué pena podría imponérsele, mayor de la que sufre, al joven príncipe indiano, reducido a adiestrar los caballos del rey por el salario de una peseta al día?

FIN